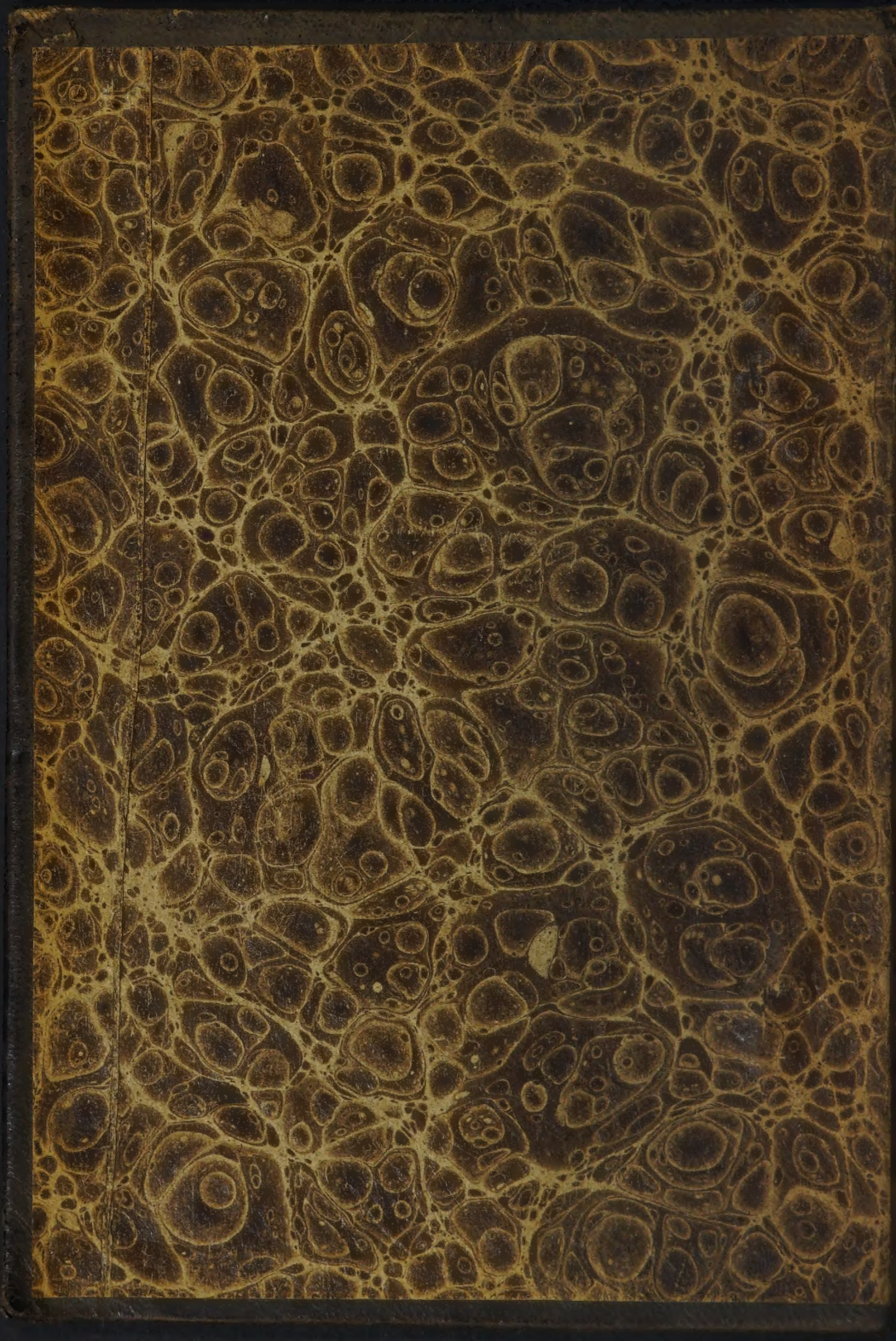
SAN BERNARDO

VIDA Y MILAGROS

DE SANTA

ROSALIA



VIDA, Y MILAGROS
DE
SANTA ROSALIA
VIRGEN,
QUE SACA A LUZ
EL M. R. P. M. FRAY JUAN
de San Bernardo, Lector Jubilado, Calificador del Santo Oficio, Exâminador Synodal del Arzobispado de Sevilla, &c. del Orden de San Francisco.

CON LICENCIA:

Barcelona: Por THOMAS PIFERRER, Impresor del Rey nuestro Señor.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

EL Doctor Don Joseph Bayas, Provisor, y Vicario General de esta Ciudad de Sevilla, y su Arzobispado por el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Don Jayme de Palafox, y Cardona, mi Señor, por la gracia de Dios, y de la Santa Sede Apostolica, Arzobispo de esta dicha Ciudad, y Arzobispado, de el Consejo de su Magestad, &c. Doy licencia, por lo que toca á este Tribunal, para que se pueda reimprimir, é imprima un libro, cuyo titulo es: *Vida prodigiosa de la esclarecida Virgen Anacoreta Santa Rosalìa*, compuesto por el M. R. P. M. Fray Juan de San Bernardo, Padre de provincia habitual, Definidor General, que ha sido dos veces de la Tercera Orden de nuestro Serafico Padre San Francisco, Calificador del Santo Ofi-

cio de la Inquisicion, y Examinador Synodal de este Arzobispado; atento á no contener cosa, que se oponga á nuestra Santa Fé Catolica, y buenas costumbres, sobre que ha dado su censura, y parecer el M. R. P. M. Fray Juan de Castilla, provincial actual de la Orden de nuestra Señora del Carmen en esta provincia de Andalucía, Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion, y Examinador Synodal de este Arzobispado, á quien cometí la vista, y examen de dicho libro; con tal, que esta licencia, y dicha Censura se imprima al principio de cada libro. Dada en Sevilla á dos de Junio de mil seiscientos ochenta y nueve años.

Bayas.
Por mandado del Señor Provisor,
Juan Francisco de Alvarado.
Notario.

VI-

VIDA,
Y
MILAGROS
DE
SANTA ROSALIA
VIRGEN.

CAPITULO I.

DEL NACIMIENTO DE SANTA Rosalia, de su educacion, y sucesos en Palacio.

INtento escribir la vida de la admirable Virgen Santa Rosalía, natural de Palermo, gloria de Italia, hermosura de la Iglesia, y admiracion, no solo de Europa, sino de todo el Mundo. Pro-

Procuraré dár noticia de sus maravillosas virtudes, de la invencion milagrosa, ó hallazgo de su cuerpo, tesoro oculto por casi cinco siglos, de sus prodigiosos milagros, y finalmente de los favores que Dios ha hecho en diferentes Ciudades, Provincias, y Reynos por esta su querida Esposa. Antes de tratar de su dichoso nacimiento, tocaré su prosapia, y ascendencia, la qual fue tan sublime, y gloriosa, que ilustrará mucho su vida; porque aunque la verdadera nobleza es sola la virtud quando las piedras preciosisimas, de que la heroyca se compone, caen sobre el oro de una gran nobleza, halla un grande asumpto, no solo en alabanza, sino la admiracion Por esto al escribir San Lucas en el Santo Evangelio la vida, y excelen-

celencias de San Juan Bautista, comenzó por la nobleza de sus Padres, diciendo, que Zacarías fue Sacerdote, y de una de las mas ilustres familias Sacerdotales, qual era la de Abias, y que su Madre era Isabél, descendiente del Sumo Sacerdote Aaron.

Y para conocer (aunque sumariamente) la grandeza que tocaba á Rosalía por sus Padres, nos darán luz los Escritores de las Antiguedades de Sicilia. Los primeros Conquistadores de aquella Isla riquisima, y deliciosisima, que ocupaban los Sarracenos con gran daño, de la Christiandad, fueron Roberto, Duque de Normandia, Señor de la Pulla, y de Calabria, á quien llamaron Guiscardo, por su gran sagacidad, y Rugero su hermano, el qual por sus hechos fue llamado el Grande.

El

El primero conquistò gran parte de la Sicilia, empeñado en esta expedicion, yá por el deseo de la fama, yá por las instancias del Papa Nicolao Segundo. El segundo fue mucho mas glorioso, y pues venciò totalmente á los Barbaros, y se hizo dueño de toda la Isla con el titulo de Conde. Sucediòle en los Estados, y en el valor su hijo Rugero segundo, de tan alto espiritu, que no contentandose con el titulo de Conde, aspirò al de Rey, y consiguiò coronacion, el titulo, é investidura de Rey de Sicilia, de Anacleto Antipapa, cuyas partes siguiò con gran teson algunos años, hasta que conociendo la justicia, y la verdad de la eleccion de Inocencio Segundo, le dió la obediencia, y el Papa Inocencio le confirmó el titulo de Rey. Es-

Este Rugero, pues, asi Conde, como Rey, fue de tan gran credito en las armas, por las victoria reportadas no solo en Italia sino en Grecia. Africa, en Asia, y que muchos señores se determinaron á seguirle, ya en la Campaña, ya en la Corte. Uno de estos fue Sinibaldo, Conde de las Rosas en Marsi, hijo de Theodino Segundo, nieto de Berardo, y de los demas Condes de Marsi, y descendiente por la linea recta de Carlo Magno, Emperador, de Pipino Rey de Francia, y de Pipino Rey de Italia. Fue Sinibaldo en la Corte del Rugero el celebrado, y estimado de todos sobre todos por su valor, y sangre, y especialmente de Rugero, que por atraerle, y conservarle (tal era el concepto, que le grangearon sus acciones en los negocios

cios de la Guerra, y de Estado) trató de casarle con persona que lo mereciese, y dióle por esposa una sobrina suya, hija de su primo hermano, y prima segunda de Guillermo, el que despues fue Rey de Sicilia: y aunque algunos Autores ignoran el nombre de esta Princesa, otros afirman, que se llamó Maria. Dióle por dote el Condado de Quisquina y de las Rosas de Sicilia, que era un grande Estado; con que Rosalía por parte de padre sucedia en el Condado de las Rosas en Marsi, y por parte de Madre, en el Condado de las Rosas de Quisquina, que parecia que la tierra con especial mysterio prevenia por todas partes Rosas á esta Rosa del Cielo. Y baste esto para que se sepa la nobleza que Rosalía tubo por sus Mayores, y que

fue

fue de sangre Real por Padre, y Madre, y emparentada con tantas Coronas, que apenas habrá alguna en la Christiandad, que por algun lado no le toque; y que no se glorie de su parentesco, como lo hizo nuestro Catholico Rey Phelipe Quarto, quando le traxeron sus preciosas Reliquias.

De tan Ilustres Padres quiso Dios que naciese Rosalía, para que hiciese mas admirable su virtud el retiro, y olvido de su Casa, y de sus Padres. Habia de nacer, no para ellos, sino para Dios, lo qual se manifestó en una maravilla, que fue como preludio á su milagroso nacimiento. Estando preñada su Madre, esperando el dia de su felíz parto, en el silencio de la noche, estando dormida se le apareció un hermosisimo mancebo, vestido de una

tela

tela del Cielo blanca, y resplandeciente, y con las señas del Angel embiado de Dios, porque venia todo rodeado de resplandores, y luz; el qual con amoroso agrado le dixo estas palabras: *Dentro de ocho dias parirás una hija, á quien pondrás por nombre Rosalia, que esta es la voluntad de Dios.* Desapareció el Angel, y despertó del todo la Condesa (que hasta entonces habia estado entre despierta, y dormida) hallandose tan llena de gozo, como quien habia tenido tan felíz embaxada: sí bien quedó dudosa, si lo que habia visto, y oído era sueño, ó favor, porque para sueño era mucho, y para favor tambien: no le parecia que podia ser sueño, porque era muy claro lo que habia visto, y oído, y no le parecia que podia ser favor, porque

no

no hallaba en sí cosa que pudiera merecerlo, mas pudo persuadirse á que aquel beneficio no era por la Madre, sino por la hija.

Comunicò el suceso con Sinibaldo, y Sinibaldo con Rugero, y no dexó de saberse en la Corte. Dieron gracias à Dios, y en especial los Padres de la Santa, los quales aquellos dias con singular cuydado se emplearon en exercicios de virtud, repartieron muchas limosnas à los Pobres, procurando asi corresponder á tan gran favor con humilde, y fervoroso reconocimiento. Esperaban el dia señalado por el Angel muy gozosos, persuadidos de una fuerza interior á que habia de corresponder el suceso à lo que habia anunciado el Celestial Paraninfo. Fue asi, por que á ocho dias les naciò una

niña

niña hermosisima, y tal, que aun en lo natural del cuerpo parecia un milagro, y se manifestò digna del anuncio, y del nombre. Fue su nacimiento el año de mil ciento y veinte y nueve, el dia seis de Octubre, Domingo á la hora del Alva. En Domingo, dia especialmente consagrado á Dios, y por eso llamado de el Señor, para quien nacía la recien nacida; y al punto de la Aurora, que esa era la hora para salir al Mundo aquella luz, que habia de ilustrar, no solo su Patria, sino todo el Emisferio de la Iglesia; siendo este parto una como risa de la Aurora, con que celebró la Tierra este tan importante, y señalado nacimiento.

Nacìò en la Ciudad de Palermo, Corte, Emporio, y Metropoli de Si-

ci-

cilia, llamada la Felíz, porqne le agotò todo lo ameno, y delicìòso à la naturaleza; y concha de oro, por los tesoros que en sí encierra. Celebròla toda la Corte, yá por la estimacion que hacía de los Padres de Rosalia, yá por la noticia que se habia esparcido en ella de ser anunciada la niña por un Angel, reconociendo que habia de obrar Dios cosas admirables en la reciennacida. Y con gran fundamento, porque este es un privilegio concedido à muy pocos, y muy singulares, á un San Juan Bautista, á un Isaac, á un Sanson, y despues á nuestro Padre San Francisco; á los quales, por altisimos fines, y ocultos Arcanos de la Divina Providencia, quiso Dios que se concediese la prerrogativa que en algo se pareciese su nacimiento al de Dios Hom-

Hombre: y entre todos, solo al Bautista, y á Rosalía le concedió el junto de estos dos favores de ser anunciado el nacimiento, y revelado el nombre. Bautizòse la niña, y llamòse en el Bautismo Rosalía, que es el nombre que le traxo el Angel: donde es de advertir, que los nombres embiados del Cielo tienen un lleno, que no tienen los nombres que se piensan en la tierra, los de la tierra son solamente nombres; los del Cielo son nombres, y oraculos, y son, ò pronostico, ò testimonio de virtudes, y merecimientos, como se vè en el nombre de Juan dado al Bautista: en el de Israel, que le puso Dios á Jacob, y en el de Abrahán que, le puso á Abrahán. El nombre de Rosalía es lo mismo que Corona de rosas, ò de lyrios con que desde

de la Pila sacó la niña la Corona que fue pronostico de las virtudes con que habia de coronarse su vida, y de la Corona con que habia de coronarla su Esposo Jesu-Christo en su vida, y en su muerte.

Crióse Rosalía en su Palacio, y sus Padres cuidaron que su crianza correspondiese, no solo á las obligaciones de su sangre, sino tambien á las de su milagroso nacimiento, señalando una Aya muy virtuosa, y muy discreta. Apenas apuntó en ella la luz de la razon, quando comenzó á obrar como que tenia perfecta razon, y soberana luz. Las primeras palabras que supo hablar, y las continuas en su boca, eran, JESUS, MARIA, y JOSEPH: y se le connaturalizó tanto en el corazon el afecto á esta dulcissima Trini-

dad de la Tierra, que era todo su recreo. Sus entretenimientos de niña eran las devociones; sus pasatiempos, el pasar de unas á otras; y todo su consuelo el Oratorio. Aun en aquella edad, en que ninguno juzgaria que era capaz de vivir para el mundo, tenia capacidad de vivir en Dios, y para Dios. Su natural no parecia cosa natùral; era tan del Cielo, que le juzgáran un milagro en la tierra.

Luego que llegó al uso perfecto de la razon (que fue en Rosalía bien anticipado) la eligió Dios para su querida Esposa; y se lo dió à entender por varios modos infundiendole en el corazon santos, y generosos pensamientos, y deseos ardientes, no solo de las virtudes, sino de lo mas alto, y mas heroyco de ellas. Dióle á gustar

inte-

interiormente las dulzuras del Cielo, con cuyo favor le empezáron à amargar los regalos de la tierra. Aun en aquellos pocos años, donde es ordinario servirse de el informe que hacen los sentidos, reconoció la vanidad, y la nada, que en las honras, y delicias del Mundo fingen esos diestros lisongeros. Mortificaba su cuerpo tierno, y delicado, siempre que podia engañar à sus criadas, acechando sus descuydos, para lograr sus penitencias. Dexaba la cama siempre que podia, y dormia en el duro suelo, pareciendole à su deseo mucho mas duro el lecho. Prevenida ya con estas bendiciones de celestial dulzura, pasó el Señor à decirle con claridad lo que la amaba, y como la quería por su Esposa; y en lo intimo de su corozon le dixo asi:

Rosalìa ama me à mi solo; no has de tener otro Esposo, que á mi. Herianla dulcemente el corazon estas dulcisimas palabras, y siendo tan claras, no acababa de entenderlas su humildad; corria à su Oratorio, y puestos los ojos en un Niño Jesus, que estaba en los brazos de su Madre Purisima, la decía con una ternura tal, que aun no le dexaba pronunciar bien, ni explicar sus afectos: *Señor mio, y Dios mio, bien sabes tu mi corazon, y que ni amo, ni deseo otra cosa, que á ti, enseñame el camino para que yo acierte á hacer tu voluntad, siendo tu mi guia, mi Maestro, y mi luz.* Muchas veces repitió al Señor estas voces, y otras tantas renovó Rosalía delante del Altar estos afectos. Traíalas siempre tan presentes, y le causaban tal dulzura, que en aquellos años

no

no acertaba à pensar en otra cosa que en su Esposo Celestial. Sus Padres sì, pensaban en darle otro esposo luego que Rosalía cumplió los doce años.

Era unica, y heredera de grandes Estados, y querian asegurar en su sucesion la grandeza de una casa como la suya, Real por ambas lineas. Pretendian este casamiento los mayores señores de la Corte, y entre todos fue admitido Balduino, deudo suyo. Ignoraba todas estas cosas la Santa Doncella, la qual habia entregado yá su corazon à su Divino Esposo. Ordenabanle sus Padres, que siguiese el estilo de la Corte, y que en el trage se portase conforme à las señoras de su grado, y ella por darles gusto admitió, aunque à los principios con mucha violencia, los adornos de galas, y jo-

yas.

yas. Despues el uso la hizo gustár de ellas, y debia poner algun cuydado, sì bien sin pasar mucho la raya de lo licito, y honesto. No necesitaba Rosalía del arte, ni de adorno para ser celebrada, porque la dotó Dios de singularisima hermosura, ni ella lo usó por este fin, mas insensiblemente se le introduxo alguna aficion, la qual llorò despues, y llorò siempre como si fuera grave culpa. En este suceso se puede conocer el peligro que se esconde en las galas, y adornos, que no acaban de descubrir, y huir algunas almas, que tratan de virtud, contra los que renunciaron al recibir la vestidura blanca de la gracia en el Bautismo. Y si en una criatura tan devota, y tan favorecida de Dios, hizo el uso de galas este efecto, qué será

en

en las que ponen en esa vanidad su principal cuydado ?

Quiso Dios manifestarle á Rosalía lo que sintió la falta de fineza en ella, à quien habia pretendido, y declarado por su Esposa, y desigual correspondencia à sus favores, con un suceso de los mas estraños, que se leen. Un dia la estaba vistiendo, y tocando una Dama suya; y habiendole adornado el cabello, empleando los primeros de lazos, y diamantes, le puso delante el espejo, para que se miràse si quedaba bien perdída Caso portentoso! En lugar de hallar su imagen en aquel espejo, halló en él la de Christo crucificado, coronado de espinas, y bañado el rostro de reciente sangre; y entre ternuras de amante, y quexas de ofendido, le dixo semejantes palabras:

Ha

Ha Rosalìa !Mirate en este espejo, mira en él lo que padecì por tu amor, añade color à tus mexillas de esta sangre , que derramé por ti, y de estas mis espinas haz flores con que adornar essa cabeza.

Qual quedaría Rosalía con esta vision , bien se dexa entender ; quedó turbada , atonita , y casi desmayada; tal en fin, que si el mismo Señor , que amoroso reprehendió su tibieza , no la alentára en lo interior , desfalleciera. Postróse en tierra, que el empacho no la dexaba levantar los ojos ; y un poco despues puesta de rodillas, entre suspiros , y sollozos habló asi : *O mi Dios! O Señor mio! Yà he visto en ese espejo lo que os debo, y lo mal que os he pagado. Perdonadme, Señor mio, perdonadme mi Dios Donde pensé verme à mi, os vì crucificado; señal de que quereys, Cru-*

ci-

cificado mio, que viva crucificada con Vos. Yo lo quiero tambien, que mi voluntad està pronta, y dispuesta à seguir solo vuestra santisima Voluntad, dadmela à entender Señor. Oyóla Christo, y con semblante aplausible la dixo: *Vete à la Iglesia del Salvador, recibeme Sacramentado, baz voto de perpetua virginidad, y allì te recibiré por mi Esposa.* Dicho esto Desapareció.

Gran consuelo recibió Rosalía en haber oído de boca del mismo Jesu-Christo con qué le agradarìa, y con qué dorarìa los pasados yerros! Para dár principio à la vida que intentaba, le mandó à la que le asistia, que le diese unas tixeras; fue por ellas turbada, y confusa de lo que habia oído à su Señora. Luego al punto Rosalía hizo pedazos el espejo, para que aquel fra-

fragil instrumento no pudiese servir mas á la fragilidad; quitóse las galas, echò en tierra las joyas, y poniendo todo esto debaxo de sus pies, dió un generoso testimonio de el desprecio que de todo hacìa; y desatando sus hermosisimos cabellos, que hasta allí habian sido la admiracion de todos, con fervoroso impulso se los cortò, los arrojò, y pisò. Mandòle à la criada que la acompañase, que quería ir à la Iglesia del Salvador; y aunque ella al principio resistiò, representando las dificultades en salir las dos solas, que en lo humano no podian ser mayores; movida de la resolucion de la Santa, y principalmente de Dios, que asi lo querìa, se determinò, y acompañò, sin que en Palacio se supiese su salìda, ni se reconociese su falta. Mas quées esto para Dios? Era

Era el Salvador Monasterio entonces de Monjas Benitas, y hoy es de Basilias, que observaron el Rito Griego hasta el tiempo de Alexandro VI, estaba muy conjunto à Palacio, y alli tenia Santa Rosalìa su Padre Espiritual, que era uno de aquèllos grandes Varones en espiritu, y letras, que tenia entonces en Sicilia la Religion de el Gran Patriarca San Benito. O quantos! O quales! Comunicaba frequentemente con él, para su acierto, y seguridad, su modo de vida, y exercicios, y los favores que el Señor le hacìa. Refirióle aquella maravilla que habia visto en el espejo, las palabras que oyó de la boca de Jesu-Christo crucificado, y como le habia mandado que viniese à aquel Templo, que en él le ofreciese con voto su virginidad.

dad. Quedò el Siervo de Dios consoladisimo, exortóla al cumplimiento de la Divina voluntad, à la qual la Santa Virgen venia ya totalmente rendida, y entregada Discurrió en ella sobre el modo de vida, que habia de observar, y lo que le convenia el retito de corazon de las cosas de la Corte, aunque fuese dentro de la Corte, y lo que mas es dentro de Palacio, que es el centro; y que para eso (mientras Dios no abria otro camino) necesitaba de gran resolucion, y fortaleza, porque habiendo de ser, y debiendo ser su vida totalmente contraria en una hija de Príncipes, y sobrina del Rey, á cada paso habia de encontrar grandes contradicciones, y personas tan grandes, y tan propias, mas que fiase en Dios, el qual perficionaria la

obra

obra que habia comenzado, y que tubiese siempre presente el suceso del espejo.

Reconocióse la Santa con gran dolor de sus imperfecciones, y defectos, que aunque veniales, los lloraba como gravisimos, considerandolos como ofensas de un Señor à quien debia anto. Recibió despues la Sagrada Conunion encendida en afectos fervorosisimos, y luego se pasó á dár gracias enfrente de un Altár, donde estaba una Imagen de nuestra Señora con el Niño Jesus en los brazos, hecha un mar de lagrimas, considerando los cuydados, y favores de Dios, y sus pasados cuydados, ó descuydos. Consolòla Jesus, con una boca de risa, y agrado de los Cielos, la dixo que se consolase, que yá estaba perdonada.

Pre-

Prevenida con estas bendiciones de dulzura, alli donde el Niño Jesus le hablò en presencia de su Santisima Madre, à quien rogò que fuese su Abogada, y Madrina, hizo voto de virginidad con estas palabras dictadas en lo interior por aquel Señor à quien se consagraba: *Yo Rosalìa, hago voto á mi Dios, y à mi Señor, de guardar virginidad perpetuamente, y de no admitir otro esposo, que á su Magestad, y renuncio el Mundo, y todas sus vanidades para siempre.* Admitiò el Dulcisimo Jesus este voto, para sí de tanto agrado, y recibió à la Virgen Rosalía por esposa suya. Asistieron á esta accion los Angeles en numerosisimo, y hermosisimo concurso, à vista de la Santa, y celebraron con celestial musica, y harmonía este virginal despo-

so

sorio, alternando Canticos, é Hym-
nos, y para que no faltáse ni la menor
circunstancia à la solemnidad, el nue-
vo Esposo diò à la nueva Esposa un
riquisimo anillo en prenda de su espe-
cial amor.

Pasado esto, volviò Rosalía á Pala-
cio con una ternura, y consuelo inde-
cible; y como Esposa ya de el Sobera-
no Rey bolviò mejor acompañada de
lo que saliò. Fueronla cortejando los
Angeles, que se le manifestaron visi-
bles desde entonces continuos, y fa-
miliares. Estando yá en Palacio la
Santa, supieron sus Padres como se
habia cortado los cabellos, y dese-
chado las joyas, y galas, porque la
que le asistia, conociendo que se ha-
bia de saber, no lo quiso callar.
Sintieron Sinibaldo, y su Esposa con

no-

notable estremo tan estraña, y repentina novedad, y tan contraria á sus intentos. Su Madre precipitada con la ira, fue à buscarla, y la primera entrada fue de fiera, y no de Madre; maltratòla con obras, y palabras, llamandola atrevida, y loca, y lastimò su rostro hermoso, dexandolo mas hermoso con una cruel bofetada. Sufrió esto la Santa, no solo con paciencia, sino con alegria; y dando gracias à Dios, que le habia ofrecido aquella contra materia en que servirle, y imitarle. El Padre mas templado pensò reducirla con halagos, y caricias, y con dulcisimas palabras (no necesitaba fingirlas, porque la amaba tiernamente) le pedia, y rogaba, que miráse que era unica en su casa, que era la unica esperanza de ella, que la tenia tratada de

ca-

casar con quien la merecia, y que el Rey, y la Reyna esperaban el dia de sus bodas para celebrarlo como cosa de su gusto, y eleccion, que si deseaba servir à Dios en el estado de Matrimonio podia ser gran Santa; y en fin, que se persuadiese, que qualquiera resolucion contraria que tomase, podria quitarle la vida al que se la dió en la tierra, y al que la amaba como á su misma vida.

Respondió la Santa con pocas palabras, y con una entereza mas que de muger, que Dios por sola su infinita bondad le habia dado luz de lo temporal, y eterno; que movida de una fuerza tan superior, que no hallaba en sí fuerzas para resistirla, habia renunciado el Mundo, todos sus bienes, gustos, y grandezas; y ofreciendose

toda à Dios, à quien solo queria, y à quien ya tenia por Esposo. Viendo esta resolucion, y oyendo estas razones, la dexaron por entonces sus Padres, persuadidos à que podia haber nacido esta novedad de algun indiscreto fervor, que en los pocos años habria hecho vehemente impresion, que seria cosa que la podia desvanecer, y borrar la esperanza, y el tiempo. No es mucho que, discurrieran asi los que lo deseaban, y los que ignoraban la soberana causa, y motivo de esta resolucion.

Es Admirable Dios en sus disposiciones, y tal vez suele servirse aun de las mismas astucias del Mundo, para lograr con suavidad sus altos fines. Este juício que hicieron los Padres de la Santa, de que el mejor modo de ven-

vencerla seria el no violentarla entonces, y el mostrar alguna condescendencia à sus deseos, ayudò para que ella consiguiese lo que con ansias deseaba, que era lograr con suavidad un modo de retiro, donde pudiese libre de embarazos darse toda á Dios, y emplearse en los santos exercicios de penitencia, mortificacion, y oracion, haciendo un como noviciado del desierto dentro de los Camarines de Palacio Fiada en Dios, que habia de favorecerle sus intentos, pidiò licencia à sus Padres con profunda humildad, y con lagrimas salidas de lo intimo de su corazon, para vivir retirada, y comer sola por algunos dias, y para negarse, no solo à las visitas, sino à la comunicacion de Padre, y familia; y todo esto, aunque con re-

pugnancia, se lo concedieron por asegurarla, y obligarla, esperando con estos medios suaves conseguir su reduccion.

Conseguida esta licencia, comenzó à disponer su nueva vida. Admitió una sola criada, ó por mejor decir, una fiel compañera, à la qual servia ella misma casi siempre. Despejó su habitacion de los que el Mundo llama adornos, dexando en ella solo aquellas cosas, que pudieran ayudar, y mover à devocion, y hizo una pobre Celda, lo que antes era tocador, ò Gavinete; dispuso alli una pobre cama, y tal que no merecia nombre de descanso; y aun de esta usaba pocas veces, porque su mas ordinaria cama era la tierra; su mesa podia dar reglas á la mas estrecha mortificacion. Desde ento-

tonces nunca comiò carne, con unas yervas, ó legumbres sustentaba la vida, y el aceyte en ellas le parecia demasiada blandura, y regalo. Todos los dias de la semana ayunaba, y tres de ellos á pan, y agua solamente. Todas las noches hacia rigurosa disciplina. El Cilicio era tan continuo como el vestido, y estudiaba nuevas formas de él, como quien buscaba nuevas galas, que agradasen á su Esposo. Gastaba algunas horas en leccion espiritual, algunas en oracion bocal, y muchas en la mental de meditacion, y contemplacion. En fin, siempre estaba ocupada, para que el enemigo nunca la hallase ociosa, teniendo el ocio por peligrosisimo enemigo. De tal suerte vivia en Palacio, que no vivia en él, porque su comunicacion era solo con el

Cie-

Cielo. A Plinio le pareció milagro de la naturaleza el que la concha en que se forma la perla viva tan libre de las impresiones del Mar, y tan sujeta á las del Cielo, como si viviera en el Cielo, y no en el Mar; y á qualquiera le parecerá esta suerte de vida de Rosalía en la Corte, milagro de gracia.

Vivia en este su retiro muy consolada, y favorecida de Dios, cuyos favores la empeñaban, y movian á deseos de mas estrecha soledad, para darse toda, y en todo á su Celestial Esposo libre de embarazos de el Mundo. Estas eran sus continuas peticiones, con tales ansias, que llegó á enfermar de estos deseos. Pedia á Dios, que los arreglase á su Divina voluntad, y que si era de su agrado, que viviese, y muriese en desierto, haciendo peni-

ten-

tencia en una cueva desconocida, y olvidada de todos, lo dispusiese asi. En este mismo tiempo eran totalmente contrarios los deseos, è intentos de sus Padres, porque desengañados yá de que con aquella tolerancia no habian de conseguir el que la Santa Virgen mudase aquella estraña vida, y se reduxese á la ordinaria de la Corte, y al estado que le tenian prevenido, se determinaron á buscar nuevos modos, aunque fuesen estraños, y violentos, para reducirla bien, ò mal á lo que ellos querian. Más Dios que quiso librar á su querida, no solo de los rigores, y combate, sino de los sustos, en aquella misma noche, para la qual estaba determinada la violencia, le embió un Angel, que la asegurò como Dios la queria Anacoreta en el

de-

sierto, que ya le tenia dispuesta en él una cueva para su morada, y compañia Celestial, para que le asistan, y enseñen el camino, y que en aquella misma noche habia de ser la salída.

Gozosisima la Santa con tan felices nuevas, dispuso su viage, y juntò las alhajas que habia de llevar para esta su jornada, y todas ellas se reducian á algunos pocos libros espirituales, algunas disciplinas, unas cadenillas de hierro con que se azotaba, varios cilicios, y un manojo grande de cerdas, que habia solicitado con ruegos, y dineros para hacer una tunica, cilicio que cubriesè, y lastimase todo su tierno, é inocente cuerpo. Estas fueron todas las riquezas que esta Princesa habia reservado para sí, y estas todas

las

las joyas que sacó de Palacio en un fardito que hizo. Lo que llevó fuera de esto, fue un pequeño Santo Christo, un quadrito de nuestra Señora muy de su devocion, y unas cuentas ensartadas como Corona de Ave Marias, en que le rezaba á Maria Santisima una devocion que le enseñó el Angel, y ella siempre practicò.

Estando yá en estado de partirse Rotalía, se le apareciò el Niño Jesus en los brazos de su Madre Santisima, acompañada de Angeles, y con amorosisimas palabras la alentó, y animó para que emprendiesea quella obra de todo su agrado, echóle la bendicion, y hizo sobre ella la señal de la Cruz, y Maria Santisima para fortalecerla en la aspereza de vida á que pasaba, le ofreciò su asistencia, su proteccion, y

am-

amparo. No se contentó el Señor con que un Angel solo acompañase a su Esposa, y fuera de gran numero, que embió con ella invisibles, embió dos en forma visible, y hay quien diga, que uno de ellos fue San Rafael, Angel muy del caso, y que yá se habia empleado en ser compañero, y guia de caminos; y un Angel, que se interpreta Medicina de Dios, era muy proprio para una Santa, que habia de ser la salud de tantas Ciudades, y Provincias. Desaparecieron JESUS, y MARIA, y la Santa en compañia de sus Angeles salió de Palacio, y se puso en camino.

**
*

CA-

CAPITULO II.

DEL TRANSITO DE SANTA Rosalìa de Palacio á la cueva de Quisquina: de los exercicios que alli hizo; y los favores, que recibió.

SAliò de Palacio la nueva Anacoreta con la compañia de sus dos Angeles, para ir á la estancia que Dios le tenia prevenida, sin saber ella entonces, ni cuydar de saber el lugar donde la llevaban, porque estaba toda resignada en la voluntad de su Esposo, y Señor. Un Autor erudito en noticias de la antiguedad escrive, que dèsde Palermo pasò áser Monja Benedictina al Monastêrio de Santa Maria de la esperanza, distante una sola legua

gua de Palermo, donde dice, que vivió la Santa veinte años en vida Conventual. Funda esta conjetura en haverse hallado en algunas pinturas muy antiguas la Santa, con habito Benedictino, yá Casinense, yá de la Congregacion de el Monte de la Virgen, y en otras razones, que se le tocaron en el Prologo, y aora se omiten por seguir el hilo de la Historia. Mas el sentir comun, y el que manifestan las Lecciones de su Vida, aprobadas por la Sagrada Congregacion de Ritos en el año de mil seiscientos y sesenta y seis, y la tradicion mas constante, es que desde la Corte, pasò á la Montaña de Quisquina, tierra suya, por ser del dominio de su Padre, apartada de la Corte pòco mas de trece leguas.

Tra-

Traducirè fielmente lo que dicen en este punto las Lecciones de la Vida de la Santa en el Rezo aprobado por la „ Iglesia : Rosalía nacida en Palermo „ de noble linage, y que trae su ori- „ gen de Carlo Magno, saliendo sola „ de su casa para el Monte de Quis- „ quina distante cerca de quarenta mi- „ llas de Palermo , despreciando las „ riquezas de la casa de su Padre , las „ delicias , y la esperanza de mayor „ grandeza, el parentesco, y benevo- „ lencia de los Reyes de Sicilia, trocó „ todo esto por la aspereza , y horror „ de una lobrega cueva. Lo mismo di- „ ce el Kalendario Romano en el dia „ quatro de Septiembre, que es el dia „ en que muriò la Santa: En Palermo „ el Natal de Santa Rosalía Virgen „ Palermitana, de la Real sangre de

Car-

„ Carlo Magno, la qual huyendo de
„ el Principado, y de la Corte, por el
„ amor de Christo, viviò solitaria en
„ montes, y cuevas una vida del Cie-
„ lo. Baste esta autoridad, y con este
„ supuesto sigamos el curso de la vida.

Comenzò à caminar la Santa Peregrina tan alentada, y tan gustosa, como quien iba á gozar en la deseada soledad la comunicacion, y delicias del celestial Esposo. Y porque las cortas fuerzas de aquella tierna edad pudiesen llevar el trabajo de el camino, la iban entreteniendo los Angeles con una conversacion muy gustosa para ella. Hablabanle de la suavidad de la virtud, y de las excelencias de la gracia, de las perfecciones incomprehensibles, y hermosura de Dios, con cuya imitacion son hermosas las cosas cria-

criadas, y en cuya comparacion son la misma fealdad las mayores hermosuras. Explicabanle por algunos similes la belleza, y riqueza de la Corte del Cielo, dirianle: Qué será el Cielo, quando lo mas bello, y rico del Mundo es un poco de tierra? Considera quanto has visto en la Corte deliciosisima, y opulentisima, que dexas: las telas, las perlas, los diamantes, son tierra, y no mas. Todo quanto se escrive de los jardines de Asuero, de los adornos increibles en los triunfos de Octaviano, Scipion: todo quanto se admira, y se embidia en los mayores señores de la Tierra, y en los mas favorecidos de la fortuna, es un poco de tierra; y si se comparáren con la Corte Soberana del Empireo, son no solo tierra, sino immundicia

to-

todas estas cosas. Los bienes de la Tierra son comunes amigos, y enemigos de Dios, y por tanto no son la herencia, y patrimonio que tiene reservado para los amigos, y hijos. Quales serán los bienes que tienen para los Bienaventurados en el Cielo, quando estas riquézas, que admiran, y encantan en la Tierra, las han gozado muchos, que hoy estan en el Infierno condenados? Con estos, y otros dulces coloquios iban entreteniendo los Angeles á la Santa, y algunos ratos por aliviarla del peso de aquel su pobre fardito, se lo quitaban los Angeles, y lo llevaban ellos, porque no se cansase.

Haviendo caminado algunas leguas, la mandaron descansar sus compañeros en un sitio, que les pareció acomo-

modado para que tomase algun refrigerio: dieronle de comer, y aunque fuera un poco de pan, y agua, como á Elias, le parecia á la Santa gran regalo, yá por la estrechisima abstinencia à que estaba enseñada, yá considerando de qué manos venia. Mandaronla que reposase un poco, asegurandole que ellos tenian orden de guardarle el sueño, si se puede llamar sueño la sola suspension de los sentidos, velando el corazon. Bolvieron à caminar de el mismo modo hasta llegar al primer valle de la Montaña de Quisquina; luego que alli llegaron, le dixeron los Angeles, que aquel Monte era el termino de el camino, porque cerca de la cumbre de él estaba la cueva, que habia de ser su habitacion. Al oirlo, fue tal el gozo de la Santa

Virgen, y tal el consuelo en lo intimo de su corazon, que no sabía qué demonstraciones hacer para manifestarlo. Postróse en tierra dando gracias à Dios, que la habia dexado llegar à aquel delicioso Paraíso, à aquel Cielo de la Tierra. Tan hermosa como esto le pareció aquella Montaña, con ser tan aspera, fea, y horrorosa, que tenia entonces en ella su centro la noche, y su corte las tinieblas. Tal era entonces la Montaña de Quisquina, que por la espesura de los arboles, por lo entretexido de las matas, por lo confuso de los riscos, se habia apropriado para con los Arabes el nombre de la obscuridad; que el nombre de Quisquina, ó Cosquina (que éste era antes el mas proprio) se deriba de la voz Arabiga *Coschus*, que significa

obs-

obscuridad, como notan Plumas eruditas.

Comenzó à subir con grande aliento por aquellas cuestas tan derechas, y asperas, que eran mas precipicios, que seudas; y con el ansia de llegar al Palacio nupcial, que le tenia apercibido su Esposo el Dulcisimo Jesus, yá se asia de las matas, yá de las mismas peñas, y en fin ayudada de sus Angeles, y de el brazo poderoso de Dios, llegó à la boca de su querida cueva. Era la boca de ella una abertura pequeña, y tan pequeña, que no podìa entrar por ella un cuerpo sino con gran trabajo, y arrastrando. No era la entrada llana, ni derecha, baxabase ácia un lado, como quien entra en un pequeño pozo. Estaba trazada dentro de el corazon de el monte, con tales entradas, y sa-

lidas, que parecia un laberinto obscuro, porque algunos de sus repartimientos nunca vieron la luz, y de los dos que la gozaban era muy escasa la de el uno. Tenia este Palacio de la penitencia diferentes estancias, y rincones desiguales, mas de tal suerte unidos, que de los unos se pasaba à los otros La primera estancia era como de cinco palmos de largo, y quatro ancho, à un lado era la piedra llana, y lisa, y alli gravó la Santa aquella admirable inscripcion, que despues tocarémos. De aqui por una boca estrecha, y baxa se entraba à la segunda, y tercera estancia, y se formaba de estas dos uno como saleta, ò corredorcillo, en que se figuraban dos mansiones. De esta antesala se subia á una entrada bien pequeña, que era puerta

del

del quarto principal, que tambien era muy angosto, y corto. Este se le señaló para dormitorio á este Angel en carne, y parece que la naturaleza lo formó para eso. Alli habia una piedra de poco mas de media vara de ancho, y de largo apenas vara y media, estaba toda hueca por debaxo, para que pareciese colchon, no estaba llana, sino levantada un poco ácia la cabeza, para que hubiese cabecera sin necesitar de almohada. Estaba asida á las paredes de los lados, los quales subian en disminucion á lo alto, como formando un pabellon. Esta sola parte de la cueva es la que tiene suficiente luz por una abertura pequeña del risco, y esta sola es la que en el Invierno está libre de agua, que en las otras destila continuamente quando llueve. Alli

le

le ordenó el Angel que leyese en sus libros espirituales, y alli habia de hacer labor de manos en un asiento que estaba alli, ó que labró la Santa. En otro de aquellos retretes hacía sus disciplinas, y en otro dispuso su Oratorio, haciendo un Altarito en un hueco pequeño, que gozaba de alguna poca luz, que daba la primera boca de la cueva, y alli colocó las Imagenes que llevó consigo.

Guiada, pues, y ayudada de sus Angeles, entró en su cueva, ó nueva casa Santa Rosalía, y al paso que era mas horrorosa, le parecía mas agradable. Registraron todas aquellas tenebrosas mansiones, y desde luego quedó dispuesto para lo que cada uno habia de servir. Luego que entró la Santa la confortó, y consoló el Señor in-

te-

terior, y exteriormente para que no la turbase aquel estraño encerramiento, ni la atemorizasen los riesgos que pudiera tener la flaqueza humana en aquella desierta soledad expuesta à las fierezas: sí bien, aquel sitio era tan desacomodado, y tan horrible, que aun las fieras no lo querian por habitacion. Despidieronse los Angeles, y el uno de ellos le aseguró que quedaba siempre con ella.

Haviendose quedado sola aquella Princesa, niña, y delicada, no se turbó de hallarse tan sola en el horror de aquella tenebrosa cueva; ni la diferencia del sustento, que desde entonces fue de raíz, y de yervas, y de frutas silvestres, ni la compañia de Serpientes, y fieras, fueron bastantes á minorar la firmeza de su resolucion, y

para

para que en las continuas tentaciones del enemigo, y en la memoria de las delicias, y riquezas que habia abandonado, quedase siempre vitoriosa, le habia ordenado su Angel, que escribiese en una losa el motivo de aquella su generosa determinacion para tenerlo siempre presente. El mismo Angel le insinuó las palabras, y ella despues las gravó, y entalló con algun instrumento, que le ofreció la Divina providencia, tan claras, y tan bien gravadas, que aun despues de tantos años se leen claramente. Dice, pues, asi la inscripsion:

Ego Rosalia Sinibaldi Quisquinæ, & Rosarum Domini filia amore Domini mei Jesu Christi ini hoc antro habitari decrevi. Que en nuestro Castellano se construye asi:

Yo

Yo Rosalia, hija de Sinibaldo, Señor de Quisquina, y de las Rosas, por amor de mi Señor Jesu Christo me determiné vivir en esta cueva.

En dos yerros, que se hallan en esta inscripcion, han descubierto subtilisimos primores los Ingenios, que la han considerado, y glosado. Escrivió la Santa, *ini*, en lugar de *in*; y en lugar de *habitare habitari*; y sirve aquella sinceridad en lo escrito de testimonio de la que lo escribió, sin que pueda imaginarse ficcion de otra mano. Aprendió Rosalía en su edad tierna la lengua latina, no por curiosidad, ò vanidad, sino para poder entender lo que leía en los Libros Sagrados, ò en los de devocion: y como es mas facil el entender un estraño idioma, que el hablarlo, no es mucho que no repara-

se

se en aquel yerro tan leve, y que no mudaba de sentido, y explicaba su proposito. Mas es de notar, que todas aquellas clausulas hasta escrivir: *por el amor de Jesu Christo*, fueron conformes á las leyes de muy pura Gramatica; pero asi como habló del amor, se debió inmutár de tal suerte, que no atendió á los preceptos de la Latinidad, y fue mucho que acertase á formar letras, y que en aquella embriaguez santa no se le olvidase el escribir.

Donde debemos advertir, que el escribir alli la Santa el nombre, y los Estados de su Padre, no puede atribuirse á vanagloria, ni á deseo de manifestar á los venideros la condicion de su persona, y el curso de su vida admirable, que no se puede imagi-

ginar que con aquella expresion se gloriaba de honores, grandezas, y aplausos del mundo aquella Virgen, que con tal generosidad y entereza los habia despreciado, y pisado. Escriviólo asi para conformarse con el estilo de las personas de su calidad, porque todos aquellos señores descendientes de la sangre Imperial de Carlo Magno, en lugar de sobrenombre usaban poner los nombres, los Dominios, y Estados de sus Padres, como nota el erudito Escritor Francisco Zazzera en su Theatro de la nobleza de Italia, hablando especialmente de los ilustres sugetos de esta Imperial Familia de los Condes de Marsi, de la qual, como se ha dicho, fue hermosisimo pimpollo Santa Rosalía.

Fuera de este motivo pudo tener

otro

otro la Santa en aquella forma de inscripcion, que fue, el hacer con ella, y en ella una autentica renunciacion de esos Estados, que alli nombra, y que le pertenecian como á unica heredera de Sinibaldo su Padre. Nombró todo eso en fee de que lo dexaba todo; y para hacer con aquella reflexion la renunciacion mas gloriosa por mas claramente voluntaria: al modo que para que fuese mas meritorio el sacrificio de Abrahán, le advirtió el mismo Señor que se lo mandaba hacer, que la victima que habia de ofrecerle era su Hijo, su unigenito, su querido Isaác, el que era la alegria toda de su casa. Renunció, pues alli la Santa Princesa á su Padre, y à todos sus Estados por el amor de Jesu Christo, y tan de corazon, que si ella hubiera

biera nacido Emperatríz, del mismo modo, y con la misma facilidad renunciára el Imperio; si fuera señora de todas las quatro partes del Mundo, se privára de todas, y las consagrára, y pusiera à los pies de aquel amantisimo Señor, que siendo Rey de Cielos, y Tierra, murió por nosotros, no solo desnudo, sino clavado en el Sagrado Madero de la Cruz.

Y tambien podemos entender en este caso, que la Divina Providencia (cuyos juícios son incomprehensibles) lo dispuso asi, à fin de que para los siglos venideros quedase aquel testimonio escrito de mano de la misma Santa, asi de su nombre, como de su calidad, y aquella su admirable resolucion, y tambien de que aquella dichosa cueva habia sido sagrado domicilio

de

de una Princesa, que por aquel horrorosisimo alvergue renunció un deliciosisimo Palacio, eligiendolo para teatro de su penitencia, y para que esto fuese notorio à todas las Naciones, quedó la inscripcion en lengua Latina, y no vulgar.

Encerrada, y aun enterrada en aquel sepulcro de vivos, comenzò á vivir Santa Rosalía, ignorada de los hombres, mas conocida, favorecida, y visitada de Dios, de Maria Santisima, de los Angeles, y Santos del Cielo. Desde el dia primero que se encerrò en la cueva puso sumo cuidado en ocultarse, sabiendo que aquel sitio era del dominio de su Padre, el qual no podia dudar ella el cuidado con que la buscaria, y que si fuese descubierta la bolverian á Palacio.

A los Principios de su deseado encerramiento pasaba la nueva vida con quietud, y consuelo en sus exercicios de mortificacion, de leccion, y oracion, y en coloquios dulcisimos con su Divino Esposo. No se le ofrecieron los trabajos de las tentaciones, y se le hacian suaves á su amor las mas rigurosas penitencias. Las forzosas descomodidades de aquella tan desapacible, desacomodada estancia, le eran dulces, y con estár toda la gruta tan expuesta á los rigores del frio, y del calor, sin la menor prevencion con que cubrirse, ò repararse; vivia tan contenta, que no echaba menos lo que dexó en su casa. Mas pasado algun tiempo, dispuso Dios que comenzasen las tribulaciones, que son la mina donde se saca el precioso metal para

las

las coronas. Comenzaron los trabajos, mas alternando siempre las consolaciones, practica ordinaria de la benigna, y amorosa disposicion de Dios, que ni los trabajos, ni las suavidades se continuen en sus escogidos, sino, que la rica tela de su vida se texa con una admirable variedad de sucesos prosperos, y adversos.

No se sabe con certeza quanto duró esta santa, y apacible quietud: algunos dicen, que se conservó la Santa en ella por un año, y que fue como un noviciado de su vida eremitica. Tratóla Dios en aquel tiempo como à niña delicada, aficionóla poco à poco à la vida de la penitencia, y fuela enseñando con aquel admirable mixto de suavidad, y fortaleza à que se hiciese muger fuerte sirviendo para lo

uno

uno, las dulzuras pue le comunicaba, y para lo otro, los exercicios, y penitencias que ella hacía. No permitió la Divina Bondad, que en los principios de una tan estraña vida, como emprehendiò esta Santa, la combatiesen fuertes tentaciones, dexò que se fortaleciese en la virtud antes de entrarla en el rigor de la batalla, la qual sin duda habia de ser fuerte, pues una Virgen de tan corta edad, y de tan pocas fuerzas, iba no solo à pelear, sino à desafiar à los infernales enemigos.

Diòle Dios licencia en aquel tiempo, que le pareciò oportuno, y ellos, que no esperaban otra cosa, y que estaban, no solo irritados, sino avergonzados, trataron de emplear contra la Santa todas sus armas, las invisibles, y visibles. Comenzaron por las

invisibles, intentaron turbarla, acordandole la suavidad de la vida, que dexò, y ponderandole la dificultad de la que habia comenzado. Representabanle vivamente en la imaginacion el que habia sido inconsideracion, y temeridad en edad tan tierna, y sin experiencia de trabajos, entregarse por toda la vida á una tan intolerable aspereza, y el haber dexado precipitadamente los Padres, los parientes, las riquezas, las estimaciones, y delicias, que muy en servicio de Dios podia gozar en el Palacio del Rey su Tio, y del Principe su Padre. Que habia sido manifiesta locura el determinarse una Niña de trece años, y de sangre Imperial, à vivir entre brutos, y fieras, expuesta à los riesgos de una soledad, que sobre ser muchos, y muy

gra-

graves, ni tienen reparo, ni defensa. Hacianla que vacilase en su imaginacion, que podsia curarla, si enfermase? Y quien habria que la asistiese en lo natural, y en lo espiritual? Y qué seria de ella quando llegase la hora de la muerte en este desamparo? Ponianle duda sobre ella, sino por verdadero espiritu, sino por su antojo, ó capricho se quitaba la vida? Y si era esto asi, que podia esperar por una eternidad? Proponianle, que como podia ella conocer que una resolucion tan contraria à toda la prudencia humana, como fue el pasar de Palacio al yermo, y de tan pocos años, era efecto de una singular, y rara vocacion, y especial luz del Cielo, y no de alguna ilusion, y engaño del demonio, que aunque es Principe de

las tinieblas sabe transformarse en Angel de luz, permitiendolo Dios asi para que sus siervos sean temerosos, y no temerarios?

Estas, ó semejantes sujestiones formaba la astucia del demonio en la imaginacion de la Santa; y no pareciendole bastantes armas para combatirla, usaba de otras, que era, destemplarle los humores del cuerpo, ocasionandole unas veces fuertes calenturas con dolores de cabeza intolerables; otras, tan crueles frios, que parecia que se le quebraban los huesos; y todo esto sin algun humano alivio. Los dolores de estomago eran recios, y continuos, originados del mal alimento, y de la hambre, del andar descalza siempre en aquella lobrega humedad, del traer una tunica hecha

de

de cerdas inmediata à aquel cuerpo delicado, fatigado, desangrado, y llagado casi siempre del rigor de los cilicios, y de las disciplinas. De este modo de tratarse estaba tan flaca, y tan sin fuerzas, que aun en lo natural era maravilla vivir. Qué seria quando sobre todo esto cargaba la destemplanza de humores, que inducia el demonio? Andaba tan congoxada, que no tenia fuerzas, ni aliento para respirar. Demás de esto, le infundia especies tristes, y melancolicas, que son las propias suyas, que él es, y será siempre espiritu triste, y melancolico, y desventurado; no daba lugár à que imaginase cosa que pudiese serle de alivio, y consuelo; y de aqui nacía, que el mal le pareciese bien algunas veces, y el bien mal, à su fatigada ima-

imaginacion. Con esto llegó la Santa à estado de padecer tal tedio en los exercicios virtuosos, que el vencerse para entrar en ellos le pareceria en morir; mas con todo eso se vencía.

Permitió Dios que Rosalía padeciese estos grandes combates; mas es cierto, que trabajos de esta calidad, no permite Dios que se executen sino contra unas Almas, que quiere que muestren la fineza con que le aman, y à quien quiere levantar à un muy alto, muy puro, y muy perfecto amor. Asombrada de esta infernal tormenta, no tenia otro asilo, ni refugio, que acudir à su Oratorio; y bañada en lagrimas, y anegada en suspiros, se postraba delante de las Imagenes de Jesu-Christo su Esposo, y de Maria Santisima su Madre, y Abogada. Alli

con

con humildad pedia perdon de su inconsideracion, y tibieza; y diciendo, que si ella considerára lo que à Dios debia, con esto solo pudiera vencer los nublados de aquella obscuridad: Alli multiplicaba la Oracion, eficacisimo remedio contra la tristeza, y poderosisima arma contra las tentaciones: Alli llamaba à Dios, valiendose de su misericordia, de su bondad, de su benignidad, y de sus atributos; y en fee de ellos le pedia fortaleza, perseverancia, esperanza, y espiritual alegria. Llamabale à Dios su Bien, su Esposo, el querido de su Alma, y su Todo: Tan todo, y tan suyo, que en él solo lo tenia todo. Premió el Señor la constancia, y oracion afectuosa de la Santa Virgen, con darle clara luz de que toda aquella fatiga habia sido tentacion

tacion del demonio, quedando con esto no solo enseñada, sino fortalecida, y prevenida para las que se le ofrecieron despues. Y habiendo dado gracias, y cantando alabanzas à Dios por esta victoria que habia alcanzado con su gracia, bolvió à emplearse con grande aliento en sus acostumbrados exercicios, resuelta à morir antes que retroceder de aquel camino comenzado.

Corrido el demonio, se valió de una poderosa tentacion, y con que muchas veces ha conseguido señaladas victorias. Valióse de las armas del deleyte sensual, juzgandolas las mas à proposito para los pocos años, y la soledad. Procuró imprimir en la imaginacion de esta candidisima Virgen representaciones torpes, pensamientos

tos lascivos, y deleytes carnales. Fue esta materia tan estraña para ella, que hasta entonces nunca se le habia ofrecido el mas leve impulso de ella, ni à su voluntad, ni à su imaginacion: tal habia sido la pureza de su vida, y el candor de su pureza. La novedad, y la vehemencia de esta tentacion, y el hallarse de repente como cercada de aquel fuego, que le parecia mas horrible, y mas intolerable, que el fuego de el Infierno, la molestó, y congoxó con estremo. Comenzò à desconfiar de sí, y à temerse, parecióle que se perdia, ó que estaba muy cerca de perderse, y de caer, pues sentia tan dentro de sí la tentacion, en la que hay tan corta distancia del sentir al consentir; y asi luego al punto apeló à la resistencia. Temió, lloró, clamó

mó, y podemos añadir, venció, acudiendo á las armas de la oracion, mortificacion, y penitencia. Maceró la carne de nuevo para vencerla, llamó à su Esposo para vencer à su enemigo y apagóse el fuego de aquel Infierno.

Donde no puedo dexar de tocar en una admiracion una advertencia. Quien no se admira de que el demonio se atreviese acometer à Santa Rosalía con semejante tentacion? Fue Santa Rosalía criada en Palacio en las mas estrañas doctrinas de la honestidad; fue dotada en tal pureza exterior, è interior, que no habia llegado à su imaginacion el mas leve concepto de impureza. Vivia tan retirada del Mundo, y tan escondida en la gruta, que aun no la veía el Sol. Su vida toda era una pura mortificacion, y penitencia.

Sus

Sus exercicios eran disciplinas repetidas muchas veces, leccion espiritual, oracion vocal, meditacion, y contemplacion en que gastaba el dia, y la mayor parte de la noche, que el sueño era tan corto, que apenas merecía nombre de sueño, siendo solo una ligera suspension de una continua vela. Estaba atenuada del ayuno continuo, macilenta, y enferma de la estraña mortificacion de sentidos, y pasiones; y en fin, toda ella estaba tal, que parecìa un esqueleto que vivia de milagro. Y à esta Santa en este estado se atreve una tentacion vehemente de sensualidad? Es maravilla? Y pregunto, será maravilla el que se atreva la tentacion à quien no vive, ni obra asi? Atreveráse à quien vive entre purpuras, y olandas? A quien se alimenta de

to-

toda suerte de delicias? A quien pasa todo el tiempo en pasatiempos? A quien mira, y oye licenciosamente, y gusta de mirar, y oìr? A quien no huye de la ocasion, sino la busca? Respondan à la pregunta tantos exemplos lastimosos, que han manifestado, que quien ama el peligro se expone à perecer en él.

Salió tambien en esta ocasion vitoriosa nuestra Santa Virgen; mas el demonio no desmayó viendose vencido tantas veces, que antes mientras mas vencido acomete con mayor esfuerzo, y busca nuevas armas, quando no logró su intento con las que habia usado. No contento, pues, con las armas invisibles, que la vitoriosa tenia à sus pies como despojos, se valiò de armas visibles, creyendo, que aseguraria la vic-

victoria entrando à batallar por los sentidos. Tomó forma, ò apariencia humana de un mozo muy galán, y pusose en presencia de la Santa, procuró rendirla con alhagos, y de ellos pasò à escandalizar à sus oídos con palabras lascivas, y sus ojos con acciones torpes. Algunas veces ha permitido Dios esse modo de tentacion tan estraño à algunas virgenes purisimas; mas quando lo permite ocupa su Magestad el corazon (como se lee en la Vida de Santa Cathalina de Sena) para que no haga suerte el enemigo. Lo que se asustaria, y conturbaria la Santa, ninguno lo podrá explicar, porque no cabe en las palabras: pidiò favor à su Esposo amado, como, quien sabía que aquel era su refugio, y su seguridad; pidiòle con lagrimas, y afectos,

tos, que son las voces de las voces, que apartase de sus ojos, y oídos, que no permitiese que llegase à su corazon amante, y afligido aquella molestisima, è impurisima tentacion, y que arrojase à los abismos aquella obscura llama del Infierno. Abrazóse con la Imagen del Santisimo Christo, y cogiendola en la mano se la puso delante al tentador, y al instante desapareciò aquella infernal sombra, con que se desvanecieron todas aquellas porfiadas sugestiones; y de estas mismas armas se valió otras veces, que solía aparecerse el demonio en formas horribles, y espantosas, deshaciendose todas aquellas apariencias à la vista de Christo en la Cruz.

Ni con esta victoria desistió el enemigo del combate, antes se previno

de

de nuevos ardides, y cautelas, permitiendo Dios asi para nuestra enseñanza, y para que ninguno se dé por seguro, aunque haya vencido las tentaciones muchas veces. Juntòse una caterva de demonios vestidos todos en trage de Cortesanos, y el principal de ellos tomó la figura de un gentil hombre del Padre de Rosalía, muy conocido de la Santa, el qual fingió que era embiado de su Dueño con orden del Rey à buscarla por el Reyno todo, sin dexar parte, por oculta, y retirada que fuese, que no penetrase; y que habiendo hecho en vano singulares diligencias, se bolvia ya sin esperanza de poderla hallar; y que pasando acaso por la aspereza de aquel sitio, y viendo la boca de la cueva, ò por dicha suya, ò por algun secreto

de

de la Divina Providencia, habia entrado alli, y encontrado con la que buscaba, y con la que seria todo el consuelo de sus Padres, y toda la alegria de la Corte. Mostró á un mismo tiempo un indecible gozo de haverla hallado, y un dolor triste de vér el miserable estado en que la hallaba, y puede entenderse que hablaría asi.

Señora, yo me hallo tan confuso, que no creo lo mismo que estoy viendo. Vos sois Rosalía mi Señora? Qué destino, qué resolucion os entró aquí? Quien os entró viva en esta cueva, la qual os ha puesto tal, que no pareceis viva? Que se ha hecho en vuestra hermosisima cara aquel color de rosa, que admiraban todos? Qué vestido es este tan ageno de vuestra edad, y calidad? Qué disgustos os dieron vuestros Padres,

dres, que les habeis ocasionado con vuestra fuga una pena tan mortal, que los dexé en terminos de perder la vida? Qué maldades tan grandes habeis cometido, que os obligasen á una extraordinaria penitencia, como es condenáros vos misma á vivir en estos riscos en compañia de las fieras? Ni vuestra hermosura, ni vuestra edad, ni vuestro nacimiento se hizo para esta soledad horrible. Vos descendiste, y emparentada con tantas Coronas, nacída entre tantos jubilos, criada en tantos regalos, servida de Damas, adorada de la Corte toda; como es posible que conserveis la vida, sola, descalza, mal vestida, sin una pobre cama, y sin cosa de alivio? Maravilla es haber vivido tanto; y andar á milagros, es tentar á Dios. Mirad que sois

tyrana de vos misma, y que os habeis empeñado en un modo de vivir totalmente sobre las humanas fuerzas. Temed, que lo que os parece espiritu, y fervor, puede ser alguna oculta soberbia, y que si es asi, parará en una desdichada caída, en tiempo en que no os servirá el desengaño. Si vuestro intento, (como yo lo creo) es servir á Dios, tambien se sirve á Dios en las Ciudades. Si habeis elegido el desierto por haberle consagrado vuestra virginidad, para eso hay en Palermo, y sus contornos Monasterios muy reformados, en que viven vida Angelica tantas Virgenes, con grande edificacion, y con mayor seguridad que aqui; porque en el desierto, el que quiere obrar mal, ni tiene quien lo registre, ni quien lo reprehenda: y donde esto

fal-

falta, halla mas entrada la tentacion, y menos remedio la caída: mas en el Monasterio, à quien quiere obrar bien, no se lo estorvan, y à quien quiere obrar mal no se lo permiten.

Perdoname, Señora, estas representaciones, que mi buena ley os ha hecho que todas están demás, quando digo que os busco de orden de vuestros amantisimos Padres, los quales tengo por cierto que resucitarán con la dichosisima noticia de vuestro hallazgo, la qual se la apresuraré à toda diligencia, no por mi premio, sino por su gozo. Ea, Señora, no respondeis? Qué dudais? Hacedme dichoso con mudar de esa tan estraña determinacion, y con bolver à la presencia de los que tanto tiempo ha que por vos suspiran sin consuelo. No os dificul-

te la buelta el entender que padecereis nota de inconstante, mirad que es tentacion; demás, que el llevaros nosotros (que necesariamente lo habemos de hacer) os escusa de esa nota. Señora, permitidme que os diga, que sin duda habeis de bolver à Palermo; porque aunque el sagrado de vuestra Persona no nos permita la violencia, quedarémos desde hoi todos en vuestra guarda, como criados vuestros, y yo avisaré al Rey, y à vuestro Padre, cumpliendo con mi respeto, y con mi obligacion. Ea, Señora, no respondeis? Es posible tal dureza? Mas pareceis hija de este risco, que de Sinibaldo. Considerad su dolor, que bien merece que con vuestra buelta se lo bolvais en gozo.

Fuera tal la turbacion de Rosalía,

y tal la congoja de su corazon, que ni estaba capáz de moverse, ni de hablar, ni aun de respirar, y habiendose hecho tan valiente con los pasados sucesos, en que habia experimentado tantas Divinas asistencias, aqui fue tal la tribulacion, que casi le faltó el aliento, y estuvo cerca de rendirse à un desmayo. Mas es de advertir, que no ocasionó este accidente, ni el amor à sus Padres, porque aun ese tan licito, y tan dictado de la naturaleza, no dexaba lugar el amor dulce, sabio, y fuerte, con que esta Esposa finisima amaba á su Divino Esposo. Y si este amor no tenia entrada en el corazon de la Virgen, mucho menos le tendria en el de las vanidades, y riquezas del Mundo. No la turbó la falsa ponderacion, que el fingido mensagero hi-

hizo de sus penitencias, trabajos, y peligros; porque habiendo elegido aquella suerte de vida por el amor de su Dios, cuya providencia nunca falta à quien se fia de su Magestad, no tenia que temer. Lo que la congoxó de muerte, fue el entender, que habiendola descubierto ya habia de bolver à la Corte, y sacarla de su amada quietud, porque ni ella podia resistirse, ni lo podia estorvar su resistencia. Esta pena la ahogó tanto el corazon, que para no desfallecer fue necesaria toda la fortaleza que à aquel afligidisimo corazon infundió el aliento de la Divina gracia. Hizo ella lo mas que pudo, que fue levantar los ojos al Cielo, ponerse toda en Dios, y esperar de aquella suma Bondad, que habia de ampararla. Correspondió à su fee, y

es-

esperanza el suceso porque aquel Señor, que no sufre que la fuerza de la tentacion ahogue las fuerzas de los suyos, y que les asiste siempre à proporcion de la necesidad; apenas la Santa levantó los ojos al Cielo, quando se le manifestó crucificado, y todo rodeado de resplandor, y clara luz: con que la cueva, que era un Infierno antes, pues estaba llena de demonios, se transformó en hermosisimo Cielo, desbaratandose, y desvaneciendose aquellas infernales sombras, ò tineblas, al primer rayar de las luces de aquel Sol Divino.

No paró en esto lo peregrino del favor: hablóle amorosisimamente, llamandola Esposa, y querida; dióle à entender, que el aparato de toda aquella gente era apariencia, y ficcion

cion del demonio, que pretendia perturbarla, y vencerla, para que dexáse aquella vida, que era tan de su agrado: exortóla à la perseverancia, y àpadecer constantemente por su amor, teniendo siempre en su memoria lo que su Magestad habia padecido por los hombres, que para eso se le manifestaba bañado en Sangre, y clavado en la Cruz. Y añadiendo favores à favores, y ternuras à ternuras, la llamó, y mandóle que se llegase: la Santa con profunda humildad, y reverencia, le echó al cuello los brazos; y para que descansase de las pasadas fatigas, la reclinó sobre aquel Divino pecho, que es celestial descanso de amantes afligidos, y le dió à beber de la Sangre que le corria del Costado, siendo ésta aquella soberana

na dulzura, que su amor prometió por Oseas à una Alma amada, que llevó al desierto para hablarle al corazon. Este dulcisimo favor, y que merece ponerse entre los mas tiernos, y regalados, con que sabemos que haya favorecido Dios à sus mayores Santos, y mas familiares amigos, llenó de tal suavidad à la Santa, que si no la anegó en un mar de gozo, la ensalzó, á que experimentase un modo de dulzura parecido à los regalos de la Bienaventuranza; y aunque no diré yo que la gozó, percibió alomenos muchos favores de ella.

Desde entonces fueron las tentaciones menos, y ya le hacian menos impresion, ya porque vencidas unas, tienen menos fuerza las otras, ya porque lo soberano de los favores, como ayu-

ayuda para el conocimiento, sirve para la resistencia. Verdad es, que por mucho tiempo despues no le faltaron, mas eran de otro modo, porque desconfiado el demonio de poder hacer suerte en el Alma; procuraba hacerla en el cuerpo, como en Job. Maltratabala, y atormentabala cruelisimamente, arrastrandola, dandole muchos golpes, bofetadas, palos, y heridas; y una vez (permitiendolo Dios) le dió una tan penetrante en la cabeza, que à la fuerza del golpe, y del dolor cayó en tierra medio muerta, y casi desangrada. Mas su Angel, que siguiendo la voluntad de Dios, la dexaba padecer tanto, para que fuese preciosa su Corona, entonces se le apareció en forma visible, y le sirvió de enfermero, curandola, cuidandola, y regalandola.

A yu-

Ayudabale à rezar sus devociones, decia à coros con ella el Oficio de nuestra Señora; y quando la enferma se sentia algo mas aliviada, y convaleciente, y de suerte, que podia cantar, cantaba con ella las Divinas alabanzas. No solo sucedia esto quando la enfermedad era causa de los tormentos, y crueldades que usaba con ella el demonio, sino tambien en diferentes enfermedades, que la Santa padeció, ocasionadas de aquella penitentisima vida; en todas la servia el Angel, le buscaba, y disponia la comida, y le aplicaba remedios con que la sanaba, confortaba, y consolaba. Fuera de este Angel, que Dios le tenia señalado, solian visitarla otros muchos, haciendole util, y apacible compañia, gastando algunas horas

con

con ella en platicas de espiritu, y en conversaciones de su amor, y fidelidad que debemos à Dios, y en otras materias semejantes, en que sentia una recreacion indecible.

En no siendo necesaria su asistencia, se ausentaba el Angel; y la Santa Anacoreta proseguia su vida cada dia con mayor fervor, como quien cada dia se reconocía deudora à nuevos beneficios, y tan soberanos. Su mas continuo empleo era la oracion, y la mas ordinaria materia de ella era la vida de Christo desde su Encarnacion, hasta su Ascension admirable y venida del Espiritu Santo; aplicandose à la consideracion de èstos Mysterios segun el tiempo, y orden con que la Iglesia los celébra, conforme le habia enseñado el Angel su Maestro.

tro. Habiala instruidó él mismo desde los principios de su vida espiritual, el modo que habia de tener para prepararse para la oracion, la atencion con que habia de prevenirse antes de meditar, y como habia de estar en la presencia de Dios.

En qualquier Mysterio que la Santa meditaba, le daba Dios un clarisimo conocimiento dél, con el qual ponderaba, y penetraba intimamente el infinito amor que el Señor tuvo à los hombres, y què manifestó en cada uno de aquellos soberanos Mysterios; y toda absorta en Dios, y en ellos, los fixaba en su Alma, dando gracias al que asi amó, solo por su bondad, à quien no lo merecía, como la Santa se consideraba, poniendose en la oracion, como si estubiera delante de la

Bea-

Beatisima Trinidad, de Maria Santisisima, de los Angeles, y de todos los Bienaventurados, conociendo que era indignisima de tan grande, y tan divina presencia, se postraba confusa en el suelo, las manos, y el rostro juntas con la tierra, y en esta forma, ò de rodillas estaba todo el tiempo de su meditacion, y contemplacion, que era lo mas del dia. Lo demás de él gastaba en algunos exercicios de penitencia, en rezar, ò cantar el Oficio de nuestra Señora, y en rezar su Corona, del modo que el Angel le habia enseñado, ò el mismo Christo, que quiso ser su Maestro de ésta, y otras devociones, para que continuamente tuviese el pensamiento santamente empleado, y era tan del agrado del Dulcisimo Jesus, y de Maria Santisima la

tier-

tierna devocion y el abrasado afecto con que la Santa Virgen formaba, y como que entretexia con Ave Marias, y Pater noster aquella hermosisima, y preciosisima Corona, que en la Divina aceptacion, cada Ave Maria era un purpurea rosa, y cada Pater noster una candida azucena; y asi le estava ordenado al Angel de la Santa de parte de la Magestad Suprema, que luego que ella acabase de rezar, llevase él al Trono de la Gloria en un rico azafate el regalo de aquellas misticas, y agradabilisimas flores. Asi lo escrive el doctisimo Cornelio Alapide, y se manifiesta en una pintura muy antigua (de donde puede ser que lo sacase) que está en el techo de la Iglesia de Santa Cathalina de Oliula de Palermo.

Celebraba la Santa en el curso del

año,

año, con todo el culto exterior que podia, y con fervorosa veneracion interior, las principales solemnidades, segun el orden de nuestra Madre la Santa Iglesia, y en los dias mas festivos adornaba su pobre Oratorio, y Altar con los ramos, y flores, que ofrecia aquella soledad inculta. Mas el Señor, que se paga principalmente del adorno invisible, y que en las fiestas lo que mas le agrada es la pureza, y afecto de los corazones, que en ellas se le ofrecen, y consagran, quiso hacer toda la costa, para que las celebraba en aquel desierto, y en aquella horrible gruta fuesen tan celebres, y magestuosas, que excediesen incomparablemente à quantas se celebrasen en la tierra, y en los mayores Templos, por mas que los adorna-

nasen los tesoros la naturaleza, y primores del arte. Tan soberanamente solemnes, y festivas eran en la cueva de Quisquina tres fiestas, de especial devocion de la Santa; esto es, la de la Natividad de nuestro Redemptor, el dia de su Resureccion, y el de la Asumpcion de Marìa Santisima; tal era la celebridad de estos tres devotisimos dias, que se creerá con admiracion, y yo escrivo con pasmo lo que he leído en diferentes Escritores de esta vida. Trasladaré fielmente al Padre D. Manuel Calascibeta, que lo dice asi: Tres veces en el año, dias „de mucha solemnidad, y fiestas para „todos, como lo son Natividad, Pas„qua de Resurreccion, y Asumpcion „de la Virgen; nuestra Santa contem„plativa oía Misa en su Oratorio, de-

„ciasela el Sumo Sacerdote, que en
„el Ara de la Cruz sacrificò su Cuer-
„po Divino por la salud del Mundo,
„y de su mano recibia la Comunion,
„y por la de los Angeles la tohalla, y
„el lavatorio Ayudaba à Misa el Glo-
„rioso Apostol San Pedro, y luego
„le predicaba del Mysterio de aquel
„dia. A toda esta funcion asistia la
„Reyna del Cielo, y à su lado que-
„ría estubiese Rosalía; mas la noche
„de Navidad esta gran Señora, y Ma-
„dre de Dios, por su mano la regala-
„ba, pasando à las suyas el Parto de
„sus entrañas recien nacido: recibia-
„le Rosalía con sentimiento muy hu-
„milde, juzgandose indigna de tanto
„bien, y favor, mas, teniendole en sus
„brazos, el amor se hacía dueño de
„aquella Prenda Divina, y como à

„cosa

„cosa suya le decía mil requiebros, y „mil amores, y con tanto afecto, y „cariño se le apretaba al pecho, y „pegaba su cara à la del Niño, que „pretendia entrañarsele en el cora„zon; y vez hubo, que estando Rosa„lía desmayada, y derribadas sus „fuerzas corporales, de las peniten„cias, y ayunos, la Madre de piedad „la socorrió con el alimento de sus „pechos, llegandosela à ellos tierna, „y amorosamente.

Asistian Angeles en gran numero à servir de Musicos, y Ministros menores en estas tres fiestas principales, cantando à Dios Hymnos de alabanza, con, que à un mismo tiempo consolaban, recreaban, y fervorizaban à la devota Anacoreta; y el dia siguiente, à estos tres tan festívos, en que el Se-

ñor con su mano misma dába à su Esposa el delicioso banquete de su Carne, y Sangre, le daban otros los Angeles de manjares regalados, y delicados, sirviendo ellos á la mesa. Mas que mucho es que ellos sirvan à una criatura tan favorecida, y regalada de Dios? O gran Dios, y lo que favoreces à quien fielmente te sirve, y finalmente te ama! O gloriosisimo Señor, y benignisimo Dueño! Si en este destierro puede lograrse tales consolaciones, y dulzuras, quales serán las de la celestial Patria? Si hay tales delicias para quien aún está en la carcel miserable del cuerpo, quales serán las que le están preparadas, y reservadas en los Palacios de la Celestial Jerusalén à sus Bienaventurados moradores?

Asi

Asi vivió Rosalía algunos años en la cueva de Quisquina, regalada de Dios con el lleno de sus misericordias, y atormentada de sí misma con el rigor de sus continuas penitencias. Alli en aquella sepultura de su vida esperára su dichosa muerte, como lo tenia escrito en la piedra, y mas firmamente gravado en su amante corazon; si Dios, cuyos juícios son inescrutables, no huviera determinado mudarla de aquel destierro à otro, y aquella antigua à otra nueva aspereza. Avisóle su Angel, que era voluntad de su Esposo, y Señor que dexase aquella su habitacion amada, y aquella que tantas veces le habia sido delicioso Paraíso; y la Santa con una heroyca, como ciega obediencia, se dispuso à dexarla, y à seguir à su Maestro, y guia adonde le man-

mandáse. No se puso à dudar, ni à discurrir, como, ò porque, el mismo que se la señaló la quitaba, ni como el que le dictó la inscripcion de su firme promesa no se la permitia cumplir; no le preguntó qué lugar le señalaba la Divina Providencia; y puesta totalmente en manos del Divino querer, con resolucion generosisima dixo: Angel mio, vámos donde quiera que sea la voluntad de Dios.

CAPITULO III.

DE COMO FUE LLEVADA LA Santa por su Angel à la cueva del Monte Peregrino, en la qual murió gloriosamente, y fue sepultado su cuerpo por mano de los Angeles.

A La hora que el Angel le pareció oportuna, salió la Santa de

su

su cueva, dexandola para no verla mas. Llevó consigo las dos preciosisimas alhajas de su devocion, las Imagenes del Santisimo Christo, y de la Purisima Maria, los demás instrumentos de sus penitencias, y los libritos espirituales, y devotos, dexó aquella su queridisima estancia, y aunque en apartarse de ella hacía mucho mas su corazon, que quando dexó su casa, sus Estados, y sus Padres, fue tal la entereza de espiritu con que de ella salió, que no le debiò à sus ojos la menor ternura, ni aun una ligera vista, ni un leve reparo por su despedida; ni le causò turbacion el ver, que se privaba de aquel su Oratorio, y que no habia de bolver à ver aquella celda, testigo, y teatro de sus penitencias, y mortificaciones. Nada de esto le mudò el

sem-

semblante en una tan estraña novedad. Al salir le dixo el Angel: vamos ácia Palermo; y ni aun esto la turbò, temiendo à la Corte mucho mas que à la muerte. Asegurò la con decirle: No te asustes, que el termino de nuestra jornada ha de ser otra cueva, que está en el Monte Peregrino, la qual te parecerá mucho mejor quando la experimentes, porque es mucho mas desapacible, es mas destemplada, mas aspera, mas horrorosa, no te desconsueles; tu Esposo te la tiene prevenida conforme en todo à sus deseos. Las ideas de un amor vehemente son raras, el mayor consuelo suele encontrar en el mayor dolor.

Caminó la Santa acompañada, no solo de su Angel, sino de otros muchos, que semejante comitiva era debida

bida à una Esposa de tan gran Señor. Bolvió por el mismo camino que habia traído quando vino de Palermo, y esto no era desandar lo andado, sino andarlo dos veces, paraque fuese duplicado su merecimiento. Con el consuelo de tan gustosa compañia pudo caminar la delicada, y penitente Virgen mas de quarenta millas; tanta es la distancia que hay de una cueva à otra, y dexando à un lado à Palermo llegó à la falda del Monte Peregrino, que era el destinado. Pasaría por aquella deliciosisima llanura sin bolver los ojos à mirar su Ciudad, no por temer que le causaria pena el ver sus edificios, y Palacios, ni que la conmoveria la memoria de los aplausos, cortejos, y veneraciones que alli tuvo, sino por bolverle otra vez la espalda,

y por hacer aquel segundo sacrificio.

Levantase en el contorno hermoso de aquella gran Ciudad de Palermo, como á dos millas de distancia ácia el Septentrion, un elevado Monte à quien los Griegos llamaron *Ercta*, los Arabes *Gebel Grin*, y los naturales *Peregrino*. Era entonces todo èl inaccesible, y horroroso, poblado entre maleza impenetrable de encinas, de tal antiguedad, y estatura, que apostaban competencias con los años del Diluvio; si bien, ya el tiempo que lo consume todo, y el arte, que todo lo vence, lo ha hecho tratable, ya por haber ministrado él toda la piedra, y madera para la fabrica de aquel sobervio Muelle; que no solo con admiracion de las Naciones, sino con asombro de la misma naturaleza ha bastado á enfrenar

la

la furia del Mar Tirreno, ya porque la grandeza, y piedad del Senado Palermitano ha abierto en sus vivas piedras dos caminos para comodidad de los Peregrinos devotos, que à millares ván á visitar el sepulcro de la Santa. En este Monte, pues, casi en la cumbre, à dos millas de altura de su falda, en la buelta que dá al Norte, en una concavidad, que hace la cortadura de dos riscos, que la sirven de muralla, está la boca de la cueva, en que dispuso Dios, que acabase su prodigiosa vida. Con decir que es mas aspera que la de Quisquina, queda dicho qual es. Nunca goza de Sol, y asi tiene siempre poca luz, aun donde es mas clara; y como está expuesta à los vientos Boreales, es sumamente fria. Los vapores que se le comunican del ve-

vecino Mar, y que hacen asiento en la cumbre del Monte, ocasionan una continua, aunque menuda lluvia dentro de la cueva, en la qual está siempre goteando el agua; y cayendo sobre tierra humeda, y esponjosa, hace intratable el suelo, de tal suerte, que desde que se entraba en ella movia à terror, y espanto. El espacio de la cueva sobre no ser muy largo, es por las mas partes muy estrecho, no tiene divisiones, ni repartimiento, su mayor comodidad es un angosto nincho, que formò la naturaleza en las duras entrañas de un peñasco, levantado del suelo, de suerte, que era menester valerse de los brazos para subir á él, y tan pequeño, que parecia mas feretro, que celda. En este nido se acomodó esta candida Paloma, y ésta sola parte en toda

toda la cueva es defendida de la molesta lluvia.

Alli vivió escondida la heroyca Penitente, expuesta sin humano reparo à los rigores de aquella frigidisima Montaña. Aquel nincho breve era su lecho, su Oratorio, y su morada, su entretenimiento, una oracion, y contemplacion continua; su recreo, las penitencias, y crueles disciplinas, hasta regar el suelo con su inocente sangre; su comida regalada eran las yervas, y raíces, que traía del bosque, como en Quisquina; su bebida era el agua, que destilaba de las piedras, recibiendola en sus manos, como que se la pedia de limosna, y uno, y otro solo una vez al dia, menos quando el Angel dispensaba en este rigor, por causa de alguna grave enfermedad de

las

las muchas que padeció en aquella estancia, en la qual sin especial favor de Dios, no parece que se podia conservar, no solo la salud, mas ni la vida. Aun estando la Santa armada de tan santa prevencion, no dexaban de combatirla aunque con menos fuerzas algunas tentaciones; mas siempre quedaba superior à sí misma en las batallas que le presentaban los sentidos. El demonio probó sus armas varias veces en la nueva campaña, presentabasele en varias figuras, y semblantes, unas para lisongearla, y otras para asombrarla, permitiendolo Dios, para que las vitorias repetidas le multiplicasen à la Santa las Coronas, siguiendose à sus gloriosos triunfos el aplauso, y cortejo de los Angeles, los favores tantas veces logrados en las

apa-

apariencias de Maria Santisima, y del Dulcisimo Jesus.

Prosiguieron en la gruta del Monte Peregrino las celebridades de aquellas tres principales fiestas de la devocion de la Santa con las mismas circunstancias de grandeza soberana, que en la Quisquina; que no habia de minorarse el Divino favor, quando corrió à pasos tan gigantes el merecimiento. Como unos siete años estuvo la Santa enclaustrada en las duras entrañas de aquel monte, santificando con exercicios de altisimas virtudes aquella dichosisima morada. Cumplido, pues, el tiempo que Dios le habia señalado para que atesorase merecimientos, y llegandose ya el de premiarlos, enfermó la Santa de unas ardientes calenturas, ocasionadas, no

de

de los exquisitos martirios que daba à su cuerpo, ni de alguna destemplanza de humores naturales, sino de la vehemencia de un encendido amor, y de un ardentisimo deseo de los eternos bienes. Como crecía por instantes, se aumentaba tambien el accidente, tanto, que se hallaba sin fuerzas, y postrado totalmente el natural vigor. En tal estremo de debilidad, no conocia desmayos el sobrenatural aliento; tenia dulcisimos coloquios con su Esposo, ofreciale su vida al dueño de su Alma, pediale, que si era su santisima voluntad, la desatáse de las prisiones del cuerpo, y rompiese aquel velo, que la impedia el verle cara á cara.

Avisóle su Angel, que Dios la habia oído, y que su transito estaba muy cer-

cercano; y ella celebrò aquella dichosisima nueva de pasar de la vida à la muerte, mucho mas de lo que otros celebráran el pasar de la muerte à la vida. Significòle à su Angel, que deseaba en aquella su ultima hora recibir los Sacramentos, y fuele concedido este favor con una muy ponderable circunstancia. Pasó el Angel à Palermo, manifestóse á un Venerable Sacerdote, que dicen algunos se llamaba Cyrilo, y que era pariente muy cercano de la Santa; dixole, que era orden de Dios, que fuese con él al Monte Peregrino, que llevase la Eucharistia Sagrada, y el Santo Oleo, para administrarlo à una Santa, que estaba cercana à la muerte. Obedeció el Siervo de Dios, y prevenido religiosamente de lo necesario guiado del Angel,

llegó à la cueva, y entrando en ella vió à Rosalía en tal estado que no la conociera, si no se le declarára; y admirado tanto como gozoso, le administró los Sacramentos.

Bien pudiera Dios disponer, que su Angel la comulgáse, y oleáse, que varias veces ha hecho que Angeles administrasen la Sagrada Eucharistia à algunos, que ha querido favorecer singularmente su benignisima piedad como se lee de S. Buenaventura, de Santa Cathalina de Sena, de S. Stanislao Koska; y en los Anacoretas, de Marcos el Exercitador, y de S. Onofre. De S. Dionysio Areopagita se escrive, que el mismo Christo le dió la Sagrada Comunion, estando preso con Rustico, y Eleuterio; y à nuestra Santa como habemos dicho, la comulgó

gó el mismo Señor muchas veces de su mano : pudieralo hacer aora, mas ordenó que fuese Ministro aquel Venerable Sacérdote, para que hubiese un tan calificado testigo de la vida, y muerte de la Santa, paraque despues la publicase : y à ella le mandó Dios, que le hiciese relacion de su vida, paraque quedase en la memoria de los hombres para exemplo, y admiracion.

Halló el Siervo de Dios à la moribunda Virgen, modestamente acostada en el humedo suelo en un rincon de la gruta, porque por la suma flaqueza no habia tenido fuerzas para subir à su nincho, como antes solía: oyóla allí, absolvióla, comulgóla, oleóla, asistióla hasta que aspirase. Dióle relacion la Santa de su admirable vida, y

de todos los sucesos de ella. Estando ya en los ultimos deliquios de su amor, que la habia conducido à la entrada del deseado Puerto, se vió en un instante transformada aquella triste, y solitaria cueva en un Cielo hermosisimo. Aparecióse Jesu-Christo Redemptor sirviendose como de Trono, y Dosel de los brazos de su Madre Purisima, cortejado de innumerables Angeles, y asistido de los Principes de los Apostoles S. Pedro, y S. Pablo, muy devotos, y familiares de la Santa; y llegandose el Esposo Amante à su Esposa moribunda, la adornó con una Corona de bellisimas rosas Alentada con favor tan soberano, la que apenas podia ya hablar, dixo semejantes palabras: *O amado Esposo mio! O mi Madre querida! quando acabará de llegar*

la

la hora para mi tan dichosa, y de mi tan deseada, en que salga mi espìritu de la penosa carcel de mi cuerpo? Quando subiré yo à ver esa Divina hermosura, que enamora, y hace Bienaventurados? Al mismo instante que acabó de pronunciarlas, se oyó la voz del Esposo, que dixo: *Ven Esposa mia, vén à ser de nuevo coronada.* Estas mismas palabras repitió muchas veces el Coro de los Angeles, cantandolas con celestial dulzura, y melodía; y en la suavidad apacible, y sonora de este canto, dió la Santa el espiritu en manos de su dulcisimo Jesus, y en los brazos de Maria Santisima la qual teniendo en el uno à su Hijo Santisimo, abrazó con el otro ternisimamente à su hija.

Muriò la Santa, y admirable Ermi-

taña

taña Rosalía, hija de Sinibaldo, Conde de Marsi, de Quisquina, y de las Rosas, y sobrina de Rugero Rey de Sicilia, à los quatro de Setiembre en el año de mil ciento y sesenta, segun la comun opinion, siendo Sumo Pontifice Alexandro III., y Arzobispo de Palermo Ugon Hallòse presente à todas estas maravillas aquel Sacerdote dichosisimo, que por providencia especial fue elegido para testigo de ellas; y no cabiendo en el corto vaso de su corazon tanto golpe de glorias, pidiò à Dios por intercesion de su Sagrada Madre, interponiendo los meritos de la nueva Bienaventurada, que él descansase en paz, acabando con brevedad su vida, pues sus ojos habian visto al salvador del Mundo, y à su Reyna. Fuele concedido

este

este favor al termino de treinta dias en los quales habia de referir, y escribir todo lo que habia visto, y oído. Quiso sepultar el cuerpo de la Santa, mas habiendo entendido que su sepulcro habia de ser obra de Angeles, para que fuese mas precioso que los de porfido, que à los Principes de su Real prosapia se han erigido en las Iglesias Cathedrales, y que ella por amor de Jesu-Christo habia despreciado, desistiò del piadoso intento, y conociò que era voluntad de Dios que por entonces quedase alli aquella preciosisima Reliquia oculta à la noticia de los hombres, y manifiesta à solo los Angeles.

Bolviòse el siervo de Dios à Palermo, y los Angeles le fabricaron à la Santa aquel Mausuelo tan raro, y admira-

mirable, como adelante se dirá. Estaba entonces aquella Real Corte en suma afliccion, porque la Divina Justicia castigaba los pecados de sus habitadores con el severisimo azote de una cruel peste, y apresuró el Sacerdote su viage por llevarles la noticia del transito glorioso de esta Princesa su compatriota, y en una muy fundada esperanza de la deseada salud. Fuese à Pa'acio del vigilante Arzobispo, à quien refiriò individualmente toda la vida de la Santa como ella misma se la habia manifestado, y las circunstancias de su muerte como él mismo las habia visto. Oyòle la relacion con tanta admiracion, como ternura, y sabiendo por ella, que Dios habia señalado à Santa Rosalía por especial Abogada contra la pestilencia, y por

sin-

singular Patrona de Palermo, entrò en firmisima esperanza de que por su intercesion habia de conseguir perfecta sanidad. Lo qual despues acreditò el suceso, pues à los dos meses despues del glorioso transito de su abogada, y Patrona, consiguiò la perfecta salud, no solo Palermo, sino todo el Reyno de Sicilia.

Con la venida de aquel siervo de Dios, se pulicò en toda aquella triste Corte la admirable muerte, y no menos admirable vida de su Ciudadana, y toda ella comenzò à respirar de nuevo, y à vivir. Cobraronle todos una tan entrañable devocion, que no habia quien no la confesase Santa, y la invocase, esperando de ella el remedio de aquel terrible mal. Examinò en debida forma el Arzobispo Ugòn

al

al Venerable Sacerdote, y consideradas con toda maduréz sus deposiciones, y de nuevo acreditadas con morir al dia treinta, como habia dicho que sucederia, declaró Santa Rosalía por Santa, y Bienaventurada, como en aquel tiempo podian, y solian hacer los Obispos, hasta que el Sumo Pontifice Alexandro III, pocos años despues de muerta la Santa, reservó la declaracion de Santos (ò sea por Beatificacion, ò por Canonizacion) à la Sede Apostolica.

En aquellos pocos dias que vivió aquel Santo Sacerdote, refirió à los Ciudadanos afligidos todo quanto supo de la Santa para su consuelo; y en fee de estas noticias, se hicieron muchas pinturas, asi de sus penitencias, como de sus favores, las quales sirvieron

ron entonces à exercitar la devocion, y despues calificar su historia con el testimonio que les grangéa su mucha antiguedad. Escribió tambien de su mano aquella prodigiosa vida; mas murió en tiempo que aun durabael rigor del contagio, y se perdiò mucho de lo que dexò escrito; que parece que la Santa, que se conservò tan escondida quando viva, quiso tambien quedar oculta quando muerta. Verdad es, qué de algunos escritos, que permanecieron, se han sacado despues las noticias que han dado de ella los diligentes Escritores. Muchas cosas se ignoran, que si se supieran la hicieran mucho mas admirable.

Dos meses despues del transito de Santa Rosalía cesò del todo aquel castigo; no podia ser menos, quando

Pa-

Palermo tenia en el Cielo una tan eficaz intercesora: y persuadidos todos á que à su intercesion habian debido aquel tan suspirado bien, le erigieron Altares, pusieron su nombre en las Letanías, y fue escrtia casi desde aquél tiempo en los libros de Coro de la Santa Iglesia de Palermo, y aún en otras de Sicilia, y era celebrada su fiesta el dia quatro de Setiembre, que fue dia de su muerte dichosa. Poco despues de muerta la Santa, le fabricò el Senado de Palermo una Iglesia Beneficial junto à la cueva, que habia sido su morada, haciendola Patronato suyo, y señalandole para renta todo el territorio del Monte Peregrino. Ni solo tuvo Santa Rosalía esta aprobacion de Santa, tuvo tambien la de la Sede Apostolica, pues hallandose el

Su-

Sumo Pontifice Alexandro III. en Palermo el año de mil ciento y sesenta y cinco, cinco años despues de la muerte de la Santa, con el Colegio de los Cardenales, que le acompañaban (en ocasion, que fue à verse con el Rey Guillermo Primero, que le recibiò con indecible pompa, y reverentisimo aparato, reconociendole, y adorandole por legitimo Vicario de Christo en la tierra) viendo su Santidad el gran culto que daban los Palermitanos à la Santa, no lo prohibiò, antes tolerandolo, lo aprobò: que es gran prueba de un Pontifice, que en esta materia se mostrò tan diligente, y tan zeloso.

Deseaba el Arzobispo Ugòn hallar el cuerpo de la Santa, mas las diligencias que entonces se podian hacer

eran

eran pocas, y algunas habian salido inutiles, por lo bien oculto que habia quedado el santo cuerpo. Aguardaba à que cesase el contagio, para buscar con suma diligencia à su amada bienhechora, y hallandola, hacerle una translacion solemnisima. Cesó el contagio, mas no cesaron los impedimentos. Apagado el incendio de la peste, comenzó otro incendio no menos penoso, que fue el de unas guerras civiles muy sangrientas, que ocasionó un mal hombre rebelde; y sedicioso, natural de Bari, contra el Rey Guillermo. Durò este fuego, en que ardiò Sicilia, algunos años, y murieron en este tiempo el buen Arzobispo, que era el principal empeñado en esta obra, embarazado el Reyno con las sediciones, se fue resfriando poco

à poco aquella ardiente devocion, y al mismo paso fue siendo menos la memoria, en tal grado, que si la Santa misma con diferentes apariciones no hubiera solicitado que se acordase deella, la hubieran olvidado del todo. Miserable condicion de los hombres, que en recibiendo del bienhechor el beneficio, se olvidan no solo del beneficio, sino del bienhechor.

Conservóse tambien de la memoria de la Santa, y la tradicion de que su cuerpo estaba dentro de aquella cueva, con haberse retirado à la aspereza de aquel sitio algunos Varones devotos à vivir solitarios en algunas Hermitas, chozas, ó cuevas, siguiendo el exemplo de la Santa, y amparados de su favor, y sombra. Eligieronla por Patrona, llamandose Hermitaños

ños de Santa Rosalía. Vivieron al principio con gran reformacion, y edificacion; y aunque despues descaecieron, no faltaron totalmente: y en el año de 1550. de aquellos pocos, y otros que se les agregaron, se formó una Comunidad Religiosa con aprobacion del sumo Pontifice Julio III. debaxo de la Regla de nuestro Padre S. Francisco, donde tuvo principio una reformacion de los Padres Claustrales, llamada de Santa Rosalía, y del Monte peregrino.

Deseando la Santa favorecer à sus devotos, y reconociendo que se iba perdiendo su memoria, procuró conservarla, y excitarla con diferentes apariciones, y beneficios, que obró en varias partes. En el año de 1348. segun escriven unos; y segun otros, en

el

en el de 1347. en ocasion de una grande pestilencia, que padecía casi todo Sicilia, se apareció la Santa sobre un peñasco junto à la Villa de Vibona à una muchacha, que estaba lavando en un arroyo, y le mandó, que dixese à los Gobernadores del Lugar, que si querian verse libres del contagio, labrásen en aquel sitio un Templo à la Santa Virgen Rosalía; y no creyendola, se bolvió à aparecer en el mismo sitio à un hombre, à quien dixo lo mismo. Obedecieron los Gobernadores el mandato de la Santa, y luego que comenzaron à labrar la Iglesia cesó el mal. Labróse en tal forma, que quedó dentro de ella el peñasco, que habia sido trono de la Santa. Yá está casi igual con lo demás del Templo, por las muchas Reli-

quias de piedra, y tierra, que han llevado la mucha gente que concurre à venerarla en aquel lugar. Es notable la devocion que en esta Villa se ha conservado à Santa Rosalía, y entre otros testimonios de ella, es grande el que de tiempo inmemorial le reza, ò canta todos los dias una commemoracion, despues de Completas, el Monasterio de San Pablo, que es de Monjas Benitas, con Oracion propia.

Algunos Autores han escrito, que la Santa Virgen viviò algun tiempo en una cueva cercana à esta Villa, donde la mudò su Angel, por haberla descubierto unos Leñadores en la de Quisquina; y que aqui, entre otros favores que recibiò de Dios, fue el que se le abreviase por su intercesion el Purgatorio à su Padre, reduciendo-

lo solo à tres dias, por los meritos, y ruegos de su hija. Aqui dicen, que se le manifestò el Alma de Sinibaldo, que yá purgada subía resplandeciente al Cielo, dandole las gracias por la intercesion, y alentandola al amor de Dios, y à la perseverancia en aquella tan penitente vida. Mas como las Lecciones de el Oficio de la Santa, aprobadas por la Iglesia, nos digan, que pasó al Monte Peregrino desde la cueva de Quisquina, y no desde la de Vibona, no deben de haberle descubierto fundamentos bastantes para asegurarlo; y el no haberse descubierto la tal cueva, esfuerza mucho la duda. En todo esto me remito al juício del prudente Lector, mientras el tiempo, ò la Divina Providencia descubre otra cosa.

En el año de 1565 se apareciò la Santa à un hombre virtuoso junto al Lugar de San Estevan, que es el mas cercano à la cueva de Quisquina, y le ordenò, que llamase Rosalía à una niña que pariria su muger, y que asegurase à todos los de su lugar, que no entraria en él la peste, de que estaba infestado entonces casi todo el Reyno. Sucediò todo como lo afirmò la Santa, y aunque entraron diferentes apestados en San Estevan, y algunas ropas de Lugares prohibidos, aquella Villa siempre se conservò sana. Y es tradicion, que anduvo entonces una Doncella consolandolos à todos, alentandolos y asegurandolos; y por no haber sido conocida de ninguno, se creyò que fue Santa Rosalía. Desde entonces levantò la devocion de aquel

Pue-

Pueblo un Altár junto à la cueva de Quisquina, y todos los años en el dia quatro de Setiembre iban en Procesion, y se cantaba alli una Misa solemne en honra de su bienhechora; y todos los devotos traían Reliquias de la tierra de aquella prodigiosa cueva, y eran remedio para todas enfermedades, y principalmente para quartanas. Y con ser tal el beneficio, se perdió, no solo esta devocion, sino aun la memoria de la cueva, con el tiempo.

Yá se ha dicho como Dios señaló por Patrona, y Protectora de Palermo contra el mal de la peste à nuestra Santa Virgen. Manifestosé de nuevo que lo era en el año de 1474 quando la padecía con notable rigor. Acudió aquella afligidisima Corte à implo-

plorar su favor, hizo voto el Senado de reedificar luego la antigua Iglesia, que le habia fabricado en el Monte Peregrino, qne por la injuria del tiempo, que lo consume todo, estaba medio caída; y luego que comenzó la obra, consiguió Palermo la deseada salud, y en testimonio de que reconocian à la Santa como impetradora de aquel gran beneficio, pintaròn una Imagen hermosisima suya en el Portico del Hospital grande de Palermo. Tambien en el año de 1530. en ocasion del mismo mal experimentò el mismo favor, y pintò Palermo à Santa Rosalía como à su Protectora en la Iglesia de la Santa Venera, à la puerta de Terminis, entre otros Santos Abogados de la peste.

Con estos, y otros semejantes be-

ne-

neficios se conservaba la memoria de la admirable Anacoreta, y con ella la tradicion de unos en otros, de que estaba su cuerpo en la cueva del Monte Peregrino. Deseaban muchos hallár sus Venerables Reliquias, esperando que la que los favorecía tanto ignorada, y oculta, los favoreceria mas hallada, y manifiesta. Quien lo deseò con mayor ansia, y lo solicitò con mas cuidado, y solicitud, fue una Señora Dama de Palacio, que no solo devota de la Santa, sino imitadora suya en algun modo, trocó la Corte por la soledad; y movida de soberano impulso, se disfrazò en habito de hombre, y viviò como Ermitaño en una de aquellas cuevas, ò chozas, junto à la cueva donde estaba este tesoro; llamòse Angelo, y conservò una Angelica vida.

da. Gastò algunos dias en cabár la tierra, y en uno de ellos reparò, que la que salía estaba humeda mas de lo ordinario, y bañada en un olio suavi simo, y olorosisimo. Cobrò aliento con este prodigio, y pareciendole que tenia yá una cierta señal de que habia encontrado lo que tanto deseaba, prosiguiò su obra con mayor conato, dando fuerzas á la delicadeza del sexo el aliento de la devocion. Mas sintiendo un temblor horrible en todo aquel sitio, y pareciendole que toda la cueva se hundia, desistiò de su intento, reconociendo en esto, que el hallazgo de aquel deseado tesoro lo reservaba Dios para otro tiempo.

No mucho despues el Guardian del Convento del Monte Peregrino, con el mismo deseo cabò muchos dias en

el

el sitio donde imaginaba que podia estár el cuerpo, mas fue detenido por la Santa, que le dixo, que el hallarlo seria quando Palermo se viese en un gran trabajo, que habia de padecer, y que para entonces la tenia la Providencia Divina guardado este consuelo. Casi lo mismo le sucedió à un hombre devotisimo de Santa Rosalía, que haciendo la misma diligencia en el mismo lugar, sintió que le dió un golpe en la cabeza una mano invisible, y oyó una voz, que le dixo, que el hallar lo que buscaba, estaba reservado para quando su Patria padeciese una gran calamidad, y que entonces se manifestaria la que habia de ser su consuelo, su remedio, y su salud.

CA-

CAPITULO IV.

DECMO MANIFESTO DIOS LAS Reliquias de Santa Rosalìa por un modo admirable.

LLegó el tiempo, que en los Divinos Decretos estaba señalado, en que habia de descubrirse este inestimable tesoro; y para que fuese mas estimable, quiso que precediese uno de los mayores trabajos, que padeció Palermo jamás, y que fuese remedio universal de tantos males la invencion del cuerpo de Santa Rosalía. En el año de 1624. por tantas razones memorable para toda Sicilia, tomò puerto en Palermo un Navío, que venia de Africa lleno de Cautivos, que la piedad christiana

tiana habia librado de miserable esclavitud. Venia cargado de mercadurias ricas, y preciosas, ò por decirlo mejor de enfermedades, y de muertes, porque habia hecho lo mas de su comercio en Lugares apestados, con que en poco tiempo se inficionò aquella populosisima Ciudad. Al principio se comenzò à dudar si el mal era contagioso, yá porque los que lo padecian lo ocultaban, y aunque à cada paso se encontraban muy claras señales, ò no se creía, ò no se manifestaba: mas creciendo el incendio al paso mismo que lo procuraban apagár, porque aquel fuego que abrasaba la Corte, no encendiese el Reyno todo, y por cumplir con la fee pública, y christiana caridad, se declarò la peste por público decreto del Senado. Apenas se

di-

divulgò aquella tan lamentable noticia, quando todos los habitadores de aquella gran Corte se bolvieron á Dios solicitando su misericordia, procurando aplacár su justisimo enojo con mejorar la vida, y con publicas penitencias, y fervorosas oraciones. En pocos dias se transformó Palermo la feliz en Ninive penitente. No se oía otra cosa en las Iglesias, en las Plazas, y en las calles, sino voces, que à voces pedian à Dios misericordia. En todas partes se encontraban espectaculos de rigurosas, y sangrientas penitencias. En todas las Iglesias estaba manifiesto el Santisimo Sacramento del Altár, y en aquellos primeros dias se hicieron muchas Procesiones devotisimas, yá del Clero, yá de las Religiones, todos descalzos, y con tales mortificacio-

ciones, que movian à mares de lagrimas, y compuncion à quantos los miraban, y la ultima fue solemnisima, y numerosisima, en la qual llevaron las reliquias de las Santas Ninfa, y Christian sus Patronas, asistiendo en ella el Eminentisimo Señor Cardenal Don Joanetin Doria, entonces su Arzobispo, que aunque se hallaba antes en la Ciudad de Terminis veinte, millas distante, donde estaba seguro de todo peligro, teniendo noticia del estrago que hacía la peste, como buen Pastor vino à exponer la vida, si fuese necesario, por la salud de sus Ovejas.

Oyó la piedad Divina las voces, y llantos todos de aquella afligidisima Ciudad; y usando con ella de misericordia, dispuso que en aquella ocasion se hallase el cuerpo de Santa Rosalía,

lía la qual habia señalado por Patrona, y Abogada, especialmente para aquel terrible mal. Sucedió el caso asi: En el año antecedente, que fue el de 1623. en la noche del dia 15 de Octubre, estaba enferma, y en terminos de espirar una pobre muger, natural de Cimina, llamada Geronima. Esta, pues, hallandose con una sed vehementisima, y viendo una, que parecía Beata, junto à la lampára, como que quería atizár la luz, pareciendole que sería alguna de las enfermeras, llamó, y le rogó, que le diese un poco de agua para refrigerio de la sed que padecía. Llegóse la Santa à la cama de la enferma con cariñoso agrado, tocóle la lengua con los dedos, y con esto le quitó, no solo la sed, sino la enfermedad. Aseguróle, que quédaba yá

sana

sana, mandandole, que en reconocimiento de aquel bien, le hiciese promesa de ir á dárle las gracias à su cueva del Monte Peregrino; sí bien ella, ni presumió quien era, ni entendiò lo que decia, porque como pobre forastera no tenia noticias de la cueva, ni de la Santa que allì estaba enterrada. Por la mañana contò lo que habia sucedido, teniendo todos su salud por milagro.

Detubose Geronima en cumplir su voto, guardando alguna ocasion oportuna, comenzò à ser poco fina con su bienhechora, y acabò de serlo, olvidandose del todo; mas pagò muy bien su ingratitud, y olvido, porque en castigo de él, enfermò de unas quartanas muy penosas. Conociò la causa, y enmendòse aunque tarde; y al fin de

Ma-

Mayo del año de 1624. el dia primero de Pasqua del Espiritu Santo, fue en compañia de otras mugeres à cumplir su voto. Entraron en la cueva, rezaron todas à la Santa, y aunque salieron las demás à divertirse, se quedò Geronima, como mas obligada, dandole gracias por el beneficio recibido y pidiendole perdon de lo que habia dilatado aquel tan leve reconocimiento. Despues de haber gastado algun tiempo en oracion, como subiò cansada, se quedò dormida, y entre sueños viò à la Santa en la misma forma en que la habia visto en el Hospital; dixole que cabasen en aquel sitio, que en el hallarian unas importantisimas Reliquias; que no desmayasen en la obra, que ella en la ocasion les daría mas clara señal.

Que-

Quedó gozosisima la buena muger de lo que habia visto, aunque entre sueños, entendiendo, que la que habia visto era Santa Rosalía, que eran suyas las Reliquias que estaban en el sitio que le señaló; y que Dios le habia hecho à ella, con ser tan miserable, el favor, que habia negado à tantos buenos. Comunicó su sueño con los Religiosos de aquel Convento, y con Victor Amadeo, marido de una de sus compañeras, y devoto con estremo de la Santa. Fue Geronima con ellos à la cueva para enseñar el sitio que le habia señalado, y llegandose à él vió ella sola que se habria la tierra, y que subian de ella una piedra no muy grande, de un color como alabastro; y luego que se dexó vér, se bolvió à cerrar la tierra. Pareciale que

ella sola podia descubrir aquello que habia visto, y con las manos, ò con algun instrumento que halló por alli, comenzó à hacer un hoyò, el qual sirvió solo de señal, porque cansada desistió del intento.

Movidos los Religiosos, y personas devotas de la esperanza del deseo, comenzaron su obra el primer dia de trabajo, que fue Martes 29. de Mayo. Cababan unos dias, y cesaban otros hasta los 15. de Julio, en que se consiguiò lo que por tantos dias, y tiempos se habia deseado, y procurado. Habian hecho un hoyo muy profundo, y hallaron en lo profundo de él una piedra distante, y totalmente separada del Monte que tenia ocho palmos de largo, cinco de ancho, y otros tantos de alto; era casi de forma-

ma triangulár, para que aquella Urna en que estaba depositado el remedio de Sicilia, tubiese con ella alguna semejanza. Procuraron mover la piedra, mas aunque eran muchos los que trabajaban, no bastaron sus fuerzas. Deseaban partirla, mas à un mismo tiempo movidos de afectos diferentes, temian lo mismo que deseaban. Resolvieronse en fin, y Victor dió un gran golpe con una barra de hierro, y la dividió en dos partes, sí bien la una era menor que la otra. Procuráron sacar fuera de la cueva aquella menor parte para registrarla; mas fue en vano, porque en ella encontraron la dificultad misma que en el todo, y no hubo esfuerzo que bastára à moverla. Admirados todos de el gran peso, solicitaron registrar lo mas que

pudiesen con los ojos, lo que en aquella masa de piedra se escondía, descubrieron parte de la calabera, y sintieron todos un olor suavisimo mas que de rosas, y flores, que de repente llenó toda la cueva. Creyeron con esto todos, que aquellas eran las Reliquias de la Santa, y postrados con tiernas lagrimas de gozo, veneraron con viva fee aquella arca maravillosa, y venerable; y como estubiesen persuadidos à que el hacerse tan pesada la piedra, sería porque las Reliquias de aquella purisima Virgen no querian ser tocadas, ni levantadas por manos impuras, se confesaron muchos, y otros hicieron Actos de contricion, y con esto se hizo la piedra tan ligéra, que dos hombres solos la levantaron toda, y la sacaron de la cueva.

Y es muy digno de reparo lo que pasaba en la Ciudad en este mismo dia 15. de Julio; y es, que pocas horas antes que en la cueva se hallase el cuerpo de la Santa, sin tener noticia de ello, se hizo de orden del Eminentisimo Señor Cardenal Arzobispo, una Procesion mayor, que quantas se habian hecho antes, y à lo que parece con especial Divina Providencia. Fue numerosisimo el concurso, y tanto que de solos Eclesiasticos, Seculáres, y Regulares, iban mas de mil y quinientos; y yá se dexa entender quantos serian los Segláres. Iban cantando las Letanías, implorando la clemencia de la Suprema Magestad, para con aquel su afligidisimo Pueblo; y como para tan gran numero no bastasen los dos Cantores, que ordinariamen-

mente entonan, se ordenó, que hubiese quatro, dos al principio, y dos en medio de la Procesion. Invocaban entre los Santos, que están en las Letanías, á las Santas Virgenes, y Martyres, Agueda, Oliva, Ninfa, y Christina, sus especiales devotas, y Abogadas. No estaba escrito entonces en ellas el nombre de Santa Rosalía, aunque en los tiempos pasados estubo, como consta de los antiquisimos manuscritos de la Santa Iglesia de Palermo, porque con el curso de casi cinco siglos se habia olvidado, ò desusado, haciendo solo memoria de ella en la fiesta, que todos los años se le celebraba à 4. de Setiembre, que fue el dia de su felíz transito. Y en el suceso se conoce, que para favorecer à su Patria en aquella gravisima angustia,

solo aguardaba su devota, y rendida advocacion.

El suceso fue admirable. Aquellos dos Coros de los Cantores, que entonaban las Letanías, estaban tan distantes, que era imposible oírse los unos à los otros, y ambos à un tiempo mismo (que fue assi como invocaron á las quatro Santas) sin haberlo conferido antes, ni haber pensado en ello, levantando mas en alto las voces, con singularisimo fervor entonáron: *Santa Rosalìa, ora pro nobis.* Al oír aquella alta invocacion, y no esperada nació de repente en los animos de todo aquel concurso innumerable, con la memoria de la Santa, un ternisimo afecto, y una confiadisima esperanza, explicando uno, y otro con levantar las voces, y gritos hasta el Cielo, al re-

repetir el faustisimo nombre de su Ciudadana querida. Esta, pues, que estaba mucho mas deseosa de darles el socorro, que ellos de pedirselo, y que no esperaba otra cosa, que su peticion, respondió luego al punto desde el Monte, porque cotejando las horas, se reconoció que el milagroso hallazgo de su cuerpo, sucedió al punto mismo que la Santa fue invocada. Esto se confirmó tambien, habiendose sabido claramente de los Cantores de uno, y otro Coro, que ellos movidos de algun superior impulso, habian invocado en las Letanías el nombre de Santa Rosalía, atribuyendolo à manifiesto milagro; y afirmaron con juramento aquellos Venerables Sacerdotes, que no fueron movidos, ni mandados de persona alguna, ni antes

es-

estaban entre sí concertados à hacerlo.

En la tarde de este mismo dia, llegó à Palermo la noticia de que se habia hallado el Cuerpo de la Santa Virgen, siendo Embaxador de ella un Religioso de aquel Convento, que vino al Ilustrisimo Senado, y al Eminentisimo Arzobispo: y por que no sucediese algun desorden en el gran concurso, como se podia creer, quando se esparciese por el Pueblo una nueva semejante, demás de procurar que fuese con todo secreto, paraque en todo se obrase como mas convenia, fueron embiados por parte del Senado D. Joseph del Bosque Senador, y por parte del Eminentisimo Señor Arzobispo D. Vicente Domingo, Proto-Notario Apostolico, los quales en la siguiente noche traxeron

las

las Reliquias, y las depositaron en la Saeristia de el Oratario de su Eminencia, señalando personas, que con zelo, y vigilancia las guardasen.

Bien sería que digámos la forma de la Urna, ò Caxa preciosisima en que estubieron guardadas tantos años estas prodigiosas Reliquias. Era una piedra de una pieza, por todas partes, cerrada, sin veta, ni abertura. Hablando de ella el Proto Medico de la Ciudad, que fue uno de los que la registraron, dice, que es una masa de piedra rica, y fuerte, transparente, y lucída, semejante en unas partes al Ametisto, y en otras al Berilo, y al Cristal; obra admirable, y efecto de virtud superior à todo el orden de la naturaleza; y éste es el comun sentir de los Escritores. Traduciré las palabras,

bras, que en lengua Toscana escribió Don Agustin Inverges en su Palermo noble. „ A este sagrado Cuerpo (dice) „ le fue fabricado por Arte Angelica un sepulcro admirable, no yá „ en forma de Arca, que encerraba un „ cuerpo humano, sino de una masa „ de piedra viva, que le nació al redador, como si tubiese virtud vegetativa: no solo la abrazó en su seno, „ sino se penetró entre hueso, y dentro del hueco de los huesos mismos, „ como liquido balsamo, antidoto de „ toda corrupcion; y asi, aquellos „ huesos santos, aunque quedaron „ encerrados dentro de aquella piedra, y pegados à ella no quedaron „ convertidos en piedra, antes se conservaron intactos en su forma, hermosos, resplandecientes, y olorosos.

Lue-

Luego que tuvo en su poder las Reliquias de Santa Rosalía aquel vigilantísimo Prelado, procuró hacer todas aquellas diligencias, que prescriben los Sagrados Canones, y Ritus, para calificarlas, y para proceder con madura, y prudente consideracion en materia de tanta importancia. Hizo una gran junta de Theologos, en que concurrian los hombres de mas letras, y de mayor autoridad, habiendo precedido otra de Proto Medicos, Medicos, y Filosofos. Disputóse la materia muchos dias por una, y otra parte; y sucedia una cosa, que muchas veces se observó, que siempre que en la Junta se determinaba en favor de las Reliquias, se apagaba el incendio de la peste; y siempre que se decretaba en contra, se encendia: y si bien desde el

dia

dia en que se halló su cuerpo, no cesó la Santa de hacer milagros, librando à muchos de la pestilencia, con solo que les aplicasen alguna Imagen suya, alguna Reliquia, alguna agua en que las hubiesen entrado, ò algun pedacito de la piedra de su Urna; con todo eso no quiso la Santa dár la universal salud à su Patria, hasta que con publica veneracion la reconociese, y adorase.

Dilatabase con todo eso por la discordia de los votos; mas en fin, quiso Dios que con una revelacion milagrosa se venciesen, y allanasen todos los escrupulos, y dudas, que duraron por espacio de siete meses Un Ciudadano de Palermo, llamado Vicente Boneli, poseído de una profunda melancolía, originada de haber muerto

su

su muger à quien amaba con estremo, buscando modo para alguna honesta diversion, se fue à cazár á la falda de el Monte Peregrino; y una mañana antes de amanecer se le puso delante una hermosisima muger en trage de Hermitaña, quedó inmovil à la improvisa vista de aquella celestial hermosura, y tan poseído de admiracion, y respeto, que no se atrevia à hablarle, ni à preguntarle quien era, si ella misma no le hubiera alentado con saludarlo cortesmente. Preguntóle Vicente quien era? Y ella con apacible agrado le respondió, que era Rosalía; y señalandole con la mano su amadisima cueva, le dixo como su cuerpo habia estado escondido alli muchos años, que yá lo habian trasladado, y que estaba en poder del Arzobispo.

Ase-

Aseguróle, que aquellas eran sus Reliquias, que no dudase de la verdad de que eran suyas, y que estubiesen certisimos todos, que su Patria no conseguiria la perfecta salud en el mal que padecía, hasta que las reconociese, y venerase. Y que el testimonio de esta verdad sería, el que dentro de quatro dias habia él de morir, que se preparase, y tubiese gran confianza en Dios, de cuya parte le ordenaba, que le dixese al Arzobispo lo que habia visto, y oído, y dicho esto desapareciò la Santa.

El Boneli confuso, y consolado se partiò à la Ciudad, y luego que llegó à su casa enfermò del contagioso mal, llamò à su Confesor, à quien refiriò todo el suceso, intimandole, que luego lo manifestase al Señor Cardenal,

so-

solicitando en la brevedad del aviso el universal consuelo. Hizolo asi el Sacerdote, y su Eminencia para mayor calificacion de la verdad, embió dos Religiosos para que ante ellos se ratificase el enfermo de lo que habia dicho. Refiriòles lo mismo, sin variar en la mas leve circunstancia, con lo qual y con morir al quarto dia, que era el termino señalado, quedò calificada la relacion. Y à los 22. de Febrero del año de 1625. el Eminentisimo Señor Cardenal Don Joanetin Doria, Arzobispo de Palermo, con el parecer de toda aquella gravisima, y doctisima Junta, en forma autentica, y con publico instrumento, declarò ser aquellas Reliquias verdaderas de Santa Rosalía.

Hecho esto las pusieron en una Ar-

ca

ca muy hermosa, y adornada, y lo mas preciosa que entonces se pudo disponer, y las llevaron del Palacio Arzobispal à la Iglesia Mayor para exponerlas à la publica adoracion del Pueblo, ordenando à este fin una devota Procésion; y aunque era corto el sitio, fue grande el concurso, movido, no de la novedad, sino del gozo, y esperanza. Asistiò la nobleza, el Consejo Real, los Magistrados, y Canonigos, procurando todos con religiosa competencia llevar sobre sus ombros aquel sagrado peso. Colocaron las Reliquias en el deposito de las Santas Ninfa, y Christina, y el Senado hizo voto de labrarle à la Santa Capilla sumptuosa, de hacerla una Urna de plata de gran precio, y primor, y de adornar la cueva del Monte

Peregrino, edificandole en ella una Iglesia. Desde este dia fue tan grande, y tan conocida la mejoría en la Ciudad, que muriendo antes de ciento en ciento los enfermos, desde entonces morian solo cinco, ò seis cada dia.

Con la experiencia del bien se aumentaba en todos la esperanza: clamaban porque se hiciese una Procesion solemne, y general, en que paseando Santa Rosalía las principales calles de su Patria, las purificase todas y las asegurase. El Senado decretò luego que se hiciese, mas la grandeza con que deseaba hacerla, obligaba à dilatarla, y fue necesario el tiempo de casi quatro meses, y emplear gran numero de Oficiales, para que se concluyese conforme à las ideas de la liberalidad, y de la devocion. Hicieron-

ronse Altáres admirables en el adorno, y en la Arquitectura, Arcos Triunfales, Pyrámides, y otras festívas maquinas, en que se gastaron mas de cien mil ducados de plata. Todos procuraban que se apresurase el dia de la fiesta; y lo que mas es, la Santa tambien lo solicitaba, no por lo que le importaba à ella (que à los Santos de qué les sirven nuestras fiestas, y aclamaciones?) sino por lo que importaba à sus devotos, y compatriotas. Para dár priesa à su fiesta, se apareció à una Doncella muy virtuosa, y muy enferma, en ocasion en que por falta de respiracion estaba yá para espirar: dióle uno como parasismo, y fue sueño, y los que le estaban asistiendo la tubieron por muerta. Despues de un corto espacio, despertó muy gozosa, ex-

plicando su dicha con estas palabras: *O que cosas he visto?* Admirandose todos, y aunque con repetidas ansias, y ruegos le pidieron que les declarase aquel suceso, no lo pudieron conseguir.

Declaróse en secreto con su Madre, dixole, que habia visto à Santa Rosalía, que no le habia alcanzado de Dios la vida, sino una breve, y dichosisima muerte; y que gustaba la Santa de que ella se hallase en una Procesion muy solemne, que habia de hacerse en el Cielo quando se hiciese en Palermo la de sus Reliquias; y que le habia mandado que lo hiciese avisar al Cardenal, para que procurase que con brevedad se hiciese la Procesion; y asi, que ésta diligencia le dexaba encomendada, que se quedase

con

con Dios, que ella se disponia para partir: y muy compuesto el cuerpo, puestos los ojos en el Cielo invocando à Santa Rosalía, y à los Santos de su devocion, llena de gozo dió su Alma à su Criador, pasando solo un quarto de hora entre la muerte, y el sueño. De todo lo qual fue avisado el Eminentisimo Señor Cardenal Arzobispo. Fue señalado el dia 9. de Julio para aquella Procesion solemnisima, y fue tal la grandeza de la solemnidad, que para su descripcion fuera corto volumen un gran libro. Las calles todas estubieron vestidas de riquisimas telas, y principalmente la del *Casaro*, que es la calle principal, que tiene de largo mas de un quarto de legua. Hacianla admirable tres Arcos Triunfales, que se veían en ella: uno empe-

ño

ño de la nacion Genovesa; otro de la Cathalana; y otro de Florencia; todos tales, como que cada uno quería ser de empeño de la competencia, y de la devocion. Mas otro lució sin competencia sobre todos, y fue el que erigió el Senado en la Plaza Villena, que es el centro del quadro de aquella hermosisima Ciudad, donde van à parar sus quatro calles principales, y por eso se llama aquel sitio, *de li quatro Cantoneri*. Fabricóse de forma, que tubiese vista igual à todas quatro, para que desde todas se gozáse. Sobrepujaba su altura à la de los mas eminentes Palacios, y tenia por remate, ò corona, una hermosisima estatua de la Santa. Costó solo este Arco mas de doce mil escudos. Y siendo por la grandeza, por el adorno, y por el Arte, una de

las

las mas admirables cosas que se han visto, pareció nada toda esta grandeza à vista de una con que el Cielo quiso honrar aquella maquina de la Tierra; y fue que siendo de dia, y luciendo claro el Sol como por Junio, se puso, y se dexó ver sobre la cabeza de aquella Imagen, que coronaba el Arco, una estrella, ó Lucero resplandeciente que le servia como de Corona, y duró tres dias con sus noches en aquel mismo sitio, sin que menguase un atomo de claridad la luz clarisima del Sol: milagro que llenó los corazones de todos de una admiracion reverente, y de un gozo inexplicable.

Paseó la Santa todas las calles principales, llenandolas de alegria, y bendiciones con la presencia de sus amadas, y milagrosas Reliquias. Llevabalas

las en ombros la primera Nobleza, asistialas todo el Clero, y Religiones, acompañabalas el Eminentisimo Señor Cardenal Arzobispo, Virrey entonces de Sicilia, todos los Tribunales, y Ministros, y una inumerable multitud de Pueblo Con este religiosisimo, riquisimo, y devotisimo triunfo, bolvió la Santa à la Iglesia Metropolitana, al deposito que se le habia señalado mientras le labraban su Capilla. Siguiò e la celebridad de una solemnisima Novena, à que concurrió toda la Corte; teniendo todos por manifiesto milagro, que de la junta de tanto numero, y tanta diferencia de gente, y en tal estacion de tiempo, no se aumentase el mal, antes cada dia fuese menos. Reservó la Santa el alcanzarle la total salud à su Patria, pa-

ta el aniversario de su inveneion, que fue el dia 15. de Julio del año de 1626. y notese, que este fue el dia en que el Senado para dár principio al cumplimiento de su voto, y à la Iglesia de la cueva del Monte Peregrino, embió Maestros para dár las disposiciones primeras. Hase mostrado la Santa muy amiga de que le pidan, y por eso guardó para favorecer à su Patria à que en las Letanías le pidiesen, y rogasen: y tambien es amiga de que le cumplan lo que le prometen, pues no concedió la perfecta sanidad hasta que comenzaron à tratar de la obra. Y asi, los que desean lograr su patrocinio pidanle, ofrezcanle, y cumplanle lo que le ofrecieren.

Bien conoció esta verdad el piadosisimo, y devotisimo Senado de Palermo.

mo, y lo manifestó en la Real magnificencia de las obras que hizo en obsequio de la Santa, en especial en la Capilla que le labró en la Santa Iglesia, y en aquel Relicario admirable, donde colocó sus Reliquias. Y no escuso dár aqui alguna, aunque breve noticia, por el informe de los que lo han visto, y por la descripcion que está en las Obras del P. Cascini. El lugar que eligió el Senado para la Capilla de la Santa, fue un sitio, que habia entre las dos hermosisimas Capillas Santa Christina, y Santa Ninfa. Convocó Artifices de todas partes; y valiendose de las mejores plantas, y diseños, se fabricó una maravilla. Es toda ella de piedras finisimas de todos colores, de alabastro, jaspe, y porfido, embutidas unas en otras con tal

su-

sutileza, y primor, que parece todo una pintura, y que la diferencia de colores es obra de pincel, y no de cincel, y esto desde el pavimento à la cupula, hecha toda con singular arte, y gran magnificencia, en que se empleó el desvelo, y trabajo de muchos, y grandes Artifices, trabajando continuamente mas de ocho años. El lugar donde se puso la riquisima Arca de plata, que guarda el sagrado cuerpo de Santa Rosalía, es un Altár dentro de una Capilla menor, hecha en semicirculo entre dos hermosas columnas, toda ella compuesta de piedras varias, y preciosas, observando en aquella pequeñez aun mas magestad, como, cosa mas vecina à las Reliquias. Sobre esta Capilla está en un nicho una estatua de marmol de la Santa con esta inscripcion Latina. D.

D. ROSALIÆ LIBERATRICI

S. P. Q. P.

EX VOTO.

Que quiere decir: *A Santa Rosalía su libertadora consagra la Ciudad de Palermo esta obra, en cumplimiento de su voto.*

Y asi, en la fabrica de esta Capilla quiso manifestar el Senado el afecto, y reverencia de su corazon, procuró adelantar uno, y otro en la obra del Arca, que habia de ser deposito, y guarda de el tesoro de estas Reliquias, dispuso que fuese de pura plata, y tiene de peso 1750 ℔. y la hechura es tal, que importó mucho mas que el peso. Trabajaron en ella por espacio de cinco meses gran numero de escogidos Escultores, y Plateros, obrando unos

unos en competencia de otros, no solo por el credito, como se acostumbra en ocasiones semejantes, sino porque los estimulaba el amor que todos tenian à la Santa. En lo exterior del arca se vé repartida en diez sitios la vida de Santa Rosalía, yá significada con la representacion de algunas imagenes macizas, y vaciadas, yá esculpida de alto relieve, y declarada con algunos motes. Baste por aora esta noticia breve, porque nos están llamando los milagros.

CAPITULO V.

DE LOS MILAGROS DE SANTA Rosalìa.

MAravilloso es Dios en sus Santos; mas en esta su amadisima Es-

Esposa ha sido servido de mnifestarse admirable por modo singular, y peregrino, calificando sus Reliquias con tales, y tantos milagros, que para referirlos, aunque fuese muy sumariamente, era necesario un gran volumen. El olor de rosas, que en varias partes, y ocasiones ha salido de sus santos huesos, está publicando con mudas voces, pero claras su nombre, y virtud. Luego que se hizo el autentico reconocimiento de estas prodigiosas Reliquias, afirmaron casi todos los Medicos que se hallaron presentes à su examen, que exhalaban un olor de rosas perfectisimo, y suavisimo; y corrió esta voz constante en Palermo, y con ella la devocion de todos à solicitar la fragancia de sus preciosisimas aromas.

El

El P. Jordán Cascini, que fue uno de los que trabajaron mas en el examen, y aprobacion de las Reliquias, habia oído varias veces à los Medicos, y Theologos, que manejaban aquellos santos huesos, que exhalaban de sí un olor suavisimo de rosas; y como él no lo hubiese reconocido, para no confesar en esto alguna duda, confesaba su indiguidad cerca de este favor. Sintió finalmente quando Dios fue servido, y lo escrive como testigo, y Autor. Referiré sus palabras como están en el Libro primero capitulo quince, de la vida que escrivió.

No dexaré de confesar como sinceridad, para gloria de la Virgen Santa Rosalìa, y para confusion mia, lo que yo puedo, y debo asegurar; y es que en todo el tiempo que anduve ocupado en este negocio con algun trabajo y mucho amor,

oia à muchas, y diferentes personas, que encarecian, y alababan el olor de estas Reliquias desde que se descubrieron, y luego à los Medicos en el tiempo que todos estabamos juntos, haciendo el reconocimiento de ellas Preguntaronme una vez, si yo lo sentia? Respondì la verdad, que no; y como yo me hallaba indigno de ese favor, no aplicaba à ello la curiosidad, ni el deseo. Mas aora diré una cosa maravillosa, y es: Que despues que el Cardenal determinó de exponer á la publica veneracion las santas Reliquias, andando nosotros por algunos dias con aquellas piedras, y huesos, manejandolos, y mirandolos uno por uno, tomé yo una de aquellas piedras, y la rompí para descubrir el hueso, que estaba dentro, pues al descuido sin pensar, sentì darme una maréa de olor tan grande, tan suave, y tan extraordinaria, que

se

es imposible poderlo declarar asemejandole à los olores terrenos, combidé luego à mis compañeros con la Reliquia, y siendo los mismos que otras veces lo habian sentido, aora dixéron, que no lo sentian. Y de alli à un rato me sucedió lo mismo segunda vez, y no mas, en confirmacion de la primera; y una, y otra, para apoyo, y testimonio de virtud superior, por la misma razon que el olor de aquellos huesos no es perpetuo, continuo, ni comun à todos, sino à tiempos, y para quien, y como Dios es servido. Esto dexó escrito, y esto dexó testificado.

Mas en el siguiente milagro se experimentó este prodigioso olor mas perseverante, y mas comun. El Dr. Don Erasmo Salado, que fue uno de los Medicos que asistieron en la Junta que

formó el Señor Cardenal, consiguiò, y estimó como tesoro, y premio un pedacito de hueso de la Santa; y porque tenia pegado algun lodo de la cueva humidisima de el Monte Peregrino, trató de lavarlo en una fuente que tenia en una casa. Caso raro! Luego que entró en el agua la Reliquia, se convirtió toda en agua rosada, mucho mas fragrante, que la destilada mas perfecta. Sintiósc en toda la casa el olor; y este Medico devoto lleno de admiracion, y movido de singular reverencia, recogió, y guardó toda aquella agua milagrosa en redomas, y pomos, y con aquel antidoto universal curaba sus enfermos, logrando ellos la salud con aquella, que podemos llamar agua de la vida. De esta Reliquia hizo donacion à la Excelentisi-

ma

ma Señora Duquesa de Alburqueque, Virreyna de Sicilia, como escrive el P. Don Manuel Calascibeta, y es la que aora se conserva en Madrid en el Convento de San Cayetano.

Otro milagro semejante, y aun mayor en alguna circunstancia, le sucedió al P. Francisco Sarracino, de la Compañia de Jesus. Tenia en gran veneracion una piedrecita muy pequeña de aquella masa milagrosa, que habia servido de urna al cuerpo de Santa Rosalía, para que la bebiese algun enfermo en un vaso de agua, la entró en él muy con devota fee, y al contacto de la piedrecita el agua tomò un olor de rosas admirable. Y no parò aqui la maravilla, sino que quedò tan reconcentrado en el vaso el olor, que echando en él dos, ò tres veces agua, sin

aplicarle la Reliquia, el agua se bolvia rosada. Otros muchos milagros de este genero se pudieran referir, mas dexolos por la brevedad.

A los referidos testimonios, que califican las Reliquias de nuestra prodigiosa Santa, agregaré otros, que pueden servir de especial, y muy tierna calificacion; sirvan à esto las voces de algunos niños, que hablàron por milagro para publicarla. Vicente la Barbera, vecino de Palermo, tenia guardado un hueso pequeñito, que consiguiò en la ocasion de aquel felíz descubrimiento, y quando salió la autentica declaracion de las Reliquias dela Santa, vino à su casa gozosisimo, mostrandolo à todos para que lo viesen, y venerasen. Y un niño hijo suyo, de edad de 18 meses, que à la sazon

es-

estaba en los brazos de una tia suya, con ademanes, y acciones, que no cabian en aquella edad, diò à entender, que querìa que lo pusieran en el suelo, y puesto en él de rodillas, como que adoraba la Reliquia, dixo quatro veces clara, y distintamente: *Santa Rosalìa.* Ni quiso Dios que fuese uno solo el testigo, y testimonio de esta calidad, sino que hubiese otro suceso muy parecido à éste. Una niña de 13 meses estaba enferma, y de mucho peligro, y su Padre buscó una Reliquia de la Santa, aplicòsela con devocion, y al mismo instante levantò la niña la voz, diciendo: *Santa Rosalìa*: y el cuerpo incorporandose en la cama quedó con perfecta salud.

Y si para testimonio de Santa Rosalìa hablan los niños, tambien hablan

los

los mudos, que à todos dá Dios voces para que la publiquen. En la Villa de Canamo, del Arzobispado de Palermo, se hicieron singulares demonstraciones de alegria para celebrar la entrada de una Reliquia de la Santa; y viendo los fuegos, y sintiendo el regocijo universal un niño de 3. años, que era mudo, acompañaba à su modo con grandes estremos el gozo de los circunstantes, y rompiò la voz, llamando à un hermano suyo por su nombre, moviendolo à que con él celebrase à la Santa, quedando todos asombrados con aquella estupenda novedad. Preguntòle su Madre, desecha en lagrimas de gozo, quien le habia dado habla? Y respondiò el niño: *Santa Rosalìa*, repitiendo esto muchas veces.

Las

Las maravillas que ha obrado Dios por la intercesion de Santa Rosalía en ocasiones de peste, son innumerables, que la Divina Providencia parece que la mostrò por especialisimo, y eficacisimo antidoto contra este fiero mal. Referiré algunas para aliento de la devocion, y fomento de la esperanza. Don Joseph del Bosque, aquel Senador, que fue de orden del Senado à reconocer, y traer las Reliquias luego que se hallaron en el Monte Peregrino, era uno de los Diputados en la ocasion que Palermo padecía aquel contagio riguroso. Este Cavallero, por el zelo de la Patria, puso varias veces su vida à riesgo conocido; y como por el cumplimiento de su obligacion asistia en los Hospitales, y lugares infectos, fue asaltado de el pestilen-

lente mal. Bolviò à su casa con ardiente calentura, y una landre descubierta del tamaño de un huevo. En medio de las angustias de un mortal accidente, se acordò que tenia una Reliquia pequeña, que habia reservado en la ocasion que traxo los huesos de la Santa al Palacio Arzobispal, pidiò que se la aplicasen, invocando à su Protectora con verdadera devocion, y luego al punto que tocò la Reliquia en la landre se deshizo aquel tumor maligno, cesò la calentura de repente, y él quedò sano, dando muchas gracias à su bienhechora.

Aun mas clara, y mas sensiblemente fue favorecido el Dr. Don Octavio Moradel, en ocasion en que se hallaba enfermo de calentura pestilente, y con una landre, que le causaba un terrible

rible dolor. Tenia en su casa una redomita del agua en que habia estado un hueso de Santa Rosalía, aplicò de aquella agua à la landre, y apenas tocò en ella, quando huyò de alli, y se pasó à otra parte. Comenzò à clamar, que yá la Santa favorecia, y viendo que el mal huía de aquel antidoto milagroso, y mudaba lugar, lo fue siguiendo vitoriosamente en varias partes, hasta tanto que el mal fue del todo vencido, y la landre deshecha, quedando el enfermo sano, y atonito con tan visible experiencia de esta milagrosa maravilla.

Una noble Doncella llamada Doña Agueda Morso, cayò enferma de peste, con gran dolor, y pena de sus Padres, asi por el peligro de su querida hija, como por la sequestracion del

Pa-

Palacio en que vivian, que se mandò cerrar luego que los Medicos la declararon apestada. Dieronle à beber del agua de Santa Rosalía, y sanò luego al punto. Quexaronse los Padres de la relacion de los Medicos, atribuyendo à ignorancia de ellos lo que habia sido milagro de aquel Sobèrano Antidoto. Mas con brevedad tubieron el castigo merecido de su poca fee, porque à los tres dias se bolviò à ver la enferma en la ultima angustia, y totalmente sin esperanzas de vida. Los que la asistian en aquella extrema hora, acudieron con fee al agua de la Santa, y echandole algunas gotas della en la boca, tocaron como con las manos un segundo milagro; pues en el mismo instante la enferma, que podia decirse mas muerta, que moribun-

da

da se restauró de modo, que reposando con gran quietud toda la noche, por la mañana se hallò sana.

El P. Antonio Agustino, de la Compañia de Jesus, que se habia dedicado á servir à los apestados en el Hospital, enfermò del mal contagioso, con tal vehemencia, que los Medicos no le dieron la menor esperanza de vida: y estandose preparando para una buena muerte, y deseando, no tanto la salud del cuerpo, quanto la del Alma, cogiò una Reliquia que tenia de la Santa, pidiendole que le ayudase en el negocio de su salvacion; y apretando en la mano la Reliquia, decia, que vivo, y muerto no habia de apartarla de sí. Mas considerandolo con mas afectuosa devocion, enmendaba su deseo, y decia, que no seria justo que fuese en-

te-

terrado con aquel santo hueso, que por tantos años habia estado sepultado, y escondido Entre estos discursos se durmiò; y dandole en el sueño un copiosisimo sudor, con que arrojó todo el humor maligno, despertó sano publicando à voces el milagro de su bienhechora.

Casi lo mismo le sucedió à un compañero suyo, al P. Francisco Marino, que habiendole salido en la cara una gran landre, y tan pestilencial, que lo habia privado de la habla, y del oído; y estando casi para espirar, tocandole una Reliquia de la Santa, que era la misma que sanò al P. Antonio Agustino, se hallò sano de repente, con admiracion de todos.

Y no solamente las Reliquias de la Santa favorecieron milagrosamente à los

los apestados; la Santa misma se apareciò muchas veces en los Hospitales, para sanar á los que no tenian sus Reliquias, haciendo oficio de enfermera, sentandose sobre las camas de las enfermas, con tal familiaridad, y agrado, que algunas temiendo que á la enfermera caritativa se le pegase el mal, le rogaban, que no se acercase tanto; y ella sonriendose les decía, que no les diese eso cuidado; y con solo tocarlas las sanaba, y luego desaparecía. Esto sucediò con muchas; mas solo referiré lo que pasò con dos doncellas muy devotas, la una fue Vicenta Buendia, y la otra Francisca del Arco. La primera se hallaba con una pestilente calentura, sin sentido, y desanciada de los Medicos; y estando yá para espirarse le apareciò visiblemente

te

te Santa Rosalía, y tocandole con aquellas manos de rosa, en que Dios habia depositado su virtud, la sanò con solo tocarla. La segunda, al juício de los Medicos no tenia dos horas de vida, estaba tal, que aun no pudo pasar dos gotas de agua de la Santa, que le echaron en la boca, con que las enfermeras la dexaron como cosa medio muerta; mas nuestra Santa, que quiso hacer oficio de enfermera principal, no la dexò, porque Francisca abriendo los ojos repentinamente, viò junto á su cama una hermosisima doncella en trage de Hermitaña, que con grande amor la acariciaba, y con gran seguridad le prometia la salud. Dixole que tratase de dormir un poco, y sentandose sobre la cama de la enferma, la hizo que recostase la cabeza

beza sobre sus rodillas. Durmiò con el mayor regalo, y dulzura, que jamás habia experimentado, despertò sana, y fuerte, y se levantò à buscar à su hermitaña caritativa para dárle las gracias; mas ella habia yá desaparecido, sin dexar otra señal de su bienaventurada presencia, que aquella salud milagrosa.

Y dexando de referir otros milagros en materia de peste, concluiré con uno de raras circunstancias. Un especialisimo devoto de Santa Rosalía llamado Corbayo Corbaya, movido de la caridad, se dedicò à servir en el Hospital à los enfermos. Fue herido del mal contagioso cruelisimamente; pues demás de lo maligno de la calentura, se reconocieron seis landres disformes en varias partes de

su

su cuerpo. La cura era tan terrible como la enfermedad, pues à pedazos le cortaban la carne, y se reduxo à tal extremo, que estaba incapaz de tragár, no solo alimento, mas ni aun una gota de agua. Con gran diligencia le hicieron tragár unas Reliquias de el agua de la Santa, con todo eso murió, que no quiso Santa Rosalía hacer entonces el milagro, para hacerle despues mas plausible: que es lo que le pasó à nuestro Redemptor en la enfermedad de su amigo Lazaro. Un Viernes, pues, vino à reconocerlo, y curarlo un Religioso de los Reformados de nuestro P. San Francisco, que asistia en el Hospital, y le hallò muerto, y tendido en la tierra, dispuso que le llevasen à enterrar; mas antes que lo pusieran en el Carro, por ser muy

ama-

amado el difunto, algunos de los que se hallaron presentes, con viva fee, y superior esperanza lo rociáron con el agua de Santa Rosalía (que era en la que habian entrado una Reliquia). Hecho esto lo llevaban á enterrar; y para manifestar Dios el efecto de aquella agua milagrosa, estando yá el difunto en el Carro, comenzó à mover la cabeza, y abrir los ojos: lo qual visto de los circunstantes, comenzaron todos á gritar, llenos de horror, y admiracion: *Resucitó el muerto, resucitó el muerto.* Bolvieronlo à la cama, reposó con gran quietud toda la noche, y amaneció totalmente libre de la calentura, y de todos aquellos tumores malignos; y en fin, le reconocieron sano todos los que le habian llorado difunto.

Ni fue este solo el numero que manifiestamente se vió resucitado por milagro de la Santa. Murió Juan Domingo Lichardo vecino de Palermo, de un pestilente tabardillo, estubo difunto por espacio de catorce horas, llevabanlo à enterrar, y à la sazon se hallaba presente un Religioso de nuestro P. San Francisco, que tenia una Reliquia de Santa Rosalía, con la qual tenia gran fee por haber experimentado que Dios habia obrado por ella muchas maravillas. Pidiò que la aplicasen al cadaver, y entrandola en un vaso de agua, hizo que lo rociasen con ella. Caso maravilloso! Aquel hombre, que catorce horas antes habia espirado, luego al punto respirò, abriò los ojos, levantòse de el feretro, quedando vivo, y perfectamente sano.

Mas

Mas ninguno imagine, que el favor de Santa Rosalía se estrecha á los terminos solos de su Patria felíz, y à solos sus compatriotas, que por ella podemos llamar felicisimos; pues la experiencia la ha hecho reconocer universal antidoto contra la peste en casi todas las Provincias, y Reynos de la Christiandad. Esto se significó muy al vivo en aquel triunfo votivo admirable, que le erigió la Corte en Palermo en el año de 1657. adornando riquisimamente à este fin aquel sumptuoso Templo, ideando en diversas targetas, con la inscripcion de muy discretos motes, todas las Provincias, y Ciudades, que le habian debido la restauracion de la salud, ò la preservacion de aquel mal, como se vé en la relacion curiosa, y erudita, que escri-

vió Don Alonso Salvo. Hacia frente la Ciudad de Roma, Cabeza del Mundo; y todas las Ciudades favorecidas de la Santa, formaban una como Corona à todo el ambito del Templo. Referirélas por el orden que él las pone. Estaba estampada la Sicilia, como Reyno; despues Cracovia, Metropoli de Polonia; Barcelona, Cabeza de Cathaluña; Cremona, Gratz, Capital de la Stiria; Niza de Provenza, Genova, Ypre, Amberes, París, Corte de Francia; Viena, Silla gloriosa del Imperio, Napoles, y cerraba la Corona la Ciudad de Palermo; y todas juntas estaban como publicando, que la admirable Virgen Santa Rosalía habia sido su antidoto, su vida, y su salud.

Aun à mas se estiende lo maravillo-

lloso de sus beneficios. Los Moros en ocasiones de pestes fatales, con que son castigados tantas veces, han buscado en nuestra Santa su remedio, y lo han hallado; y yá que no han podido conseguir sus Reliquias, han hecho Reliquias de la tierra, que pueden llevár del Monte Peregrino, viniendo à buscarla à todo riesgo, y llevandola, como quien asegura en ella el bien de su salud: de aqui nace la notable devocion que los Moros le tienen. Luego que sus Baxeles dán vista al Monte Peregrino, hácen las mismas demonstraciones que todas las embarcaciones al Monte de la Trinidad de Gaeta, aquel admirable, y Venerable Monte, que conserva en la rotura de sus entrañas un perpetuo testimonio de el sentimiento que hicieron

las

las peñas insensibles en la muerte de nuestro Redemptor; porque luego que pasan à su vista todos los Navíos, sean los que fueren, le hacen grande salva, y sino la hacen peligran, ò perecen, y experimentan, ò tormentas horribles, ò naufragios fatales. Del mismo modo todos los Navíos de los Moros, sean de corsarios, sean de tratantes, hacen la salva al monte Peregrino, y à la Imagen de la Santa, que está colocada sobre aquella su cueva, aclamando con multiplicadas lenguas de fuego à Rosalía, y confesandole con este reconocimiento reverente, como à su Protectora, y bienhechora; y esto, no por miedo, sino por amor, y por agradecimiento á los beneficios recibidos, en ocasiones en que ha estado sobre ellos el azote duro de la peste.

Aun

Aun con todos los referidos beneficios no se daba por contenta la caridad de la Santa para con los Moros; pues si à muchos alcanzó la salud, à otros solicitó la salvacion. Referiré algunos. Habia en Palermo una Mora, aunque muy obstinada en su secta, en la moral de muy buenas costumbres, y con estremo apasionada por Santa Rosalía, por lo que oía decir de sus virtudes, y milagros. En aquel año que se gastó en el examen de sus Reliquias, no cesaba de preguntar el estado en que se hallaba su calificacion, porque se persuadia, que della dependia la salud de Palermo. Celebró muchisimo el dia en que se publicáron, y ayudó la vispera de su fiesta. Pagóle la Santa el afecto con aparecersele entre sueños una noche, y hablandole amo-

ro-

rosamente, se le quexó de que hubiese resistido mucho tiempo à las persuasiones de los que le aconsejaban, que abrazase la verdadera Fé. Despertó cuydadosa de aquella aparicion, y lo estubo mas, quando reconoció por un retrato de Santa Rosalía, que habia en su casa, que era ella la que le habia aparecido: mas estaba tan ciega, que con ser tan claras las señas de que la habia favorecido su devota, no se movió, ni por el afecto, ni por el milagro. De alli à dos noches se le bolviò á manifestar, y con voz severa le mandò que se vistiese, y la siguiese. Llevòla en espiritu por un camino muy estrecho à una sala hermosisima, y riquisimamente aderezada, en la qual estaba un gran numero de gente, gozando de una musica celestial; que suspendia-

dia los sentidos. Sentòse la Santa en una silla, y puso en sus espaldas á la Mora, la qual se halló con tal gozo, como si estubiera en el Cielo. Hablòle Santa Rosalía, y la asegurò, que todo aquello era una sombra de lo que gozaría haciendose Christiana. Pero para moverla mas, y confirmarla pasò de aquella tan apacible estancia à otra fea, obscura, y horrorosa, donde no se veía otra cosa, que formidables monstruos, y espantosas Serpientes; ni se oía otra cosa que llantos, alharidos, y ahullidos de gentes miserables, que alli estaban padeciendo tormentos; y le dixo que todo aquello era como pintado, en comparacion de lo que habia de padecer, si no se convertia. Bolviò en sí, bolviòse à Dios, pidiò el Bautismo, y fue

no

no solo Christiana, sino muy perfecta, porque nunca apartò de su memoria lo que habia visto con los ojos del Alma.

Casi lo mismo le sucediò à un Moro esclavo de un señor Inquisidor de Palermo. Este era muy devoto de la Santa Virgen, y oyendo que todos clamaban à ella en la ocasion de la peste, clamaba él tambien, porque demás del temor de la muerte, le movía el deseo de la libertad. Habíase rescatado, y solo esperaba à que se abriese el comercio para hacer su viage: tenia en su aposento una Imagen de la Santa, y todas las noches le encendia una luz, y en aquellas tres, en que celebró la Corte de la declaracion de sus Reliquias, puso en su ventana luminarias. Fue varias veces en

ro-

romería à la cueva del Monte Peregrino à pedir à su devota el cumplimiento de sus deseos, la qual procuró pagarle la devocion con mejorarselos; y para esto se le apareció una noche, diciendole, que su Patria era el Cielo, y su libertad verdadera, la verdadera Fé: mandòle que se bautizase, y se convirtiese à la Ley de Jesu-Christo. Quedò con impulsos de hacerlo, sí bien, ineficaces, por los estorvos que le ponia el amor de la Patria, y el deseo de la libertad. Publicado el comercio, tratò el Moro de su partida, mas para asegurar su buen viage, fue antes à la Capilla de Santa Rosalía à venerar sus Reliquias, y despedirse della. La siguiente noche fue à pagar la visita à su aposento, y dandole un golpe, solicitò despertarlo de los sueños.

Des-

Despertó el Moro al golpe, y hallóse confuso, porque viò aquella su pobre estancia toda llena de un resplandor del Cielo, y que estaba junto á su cama Santa Rosalía amenazandolo de muerte, sino se hacía Christiano. Aun no bastò tan clara luz para acabar de alumbrar á aquel ciego corazon. Apareciòsele la siguiente noche, dixole lo mismo, y consiguiò su conversion: fuese al Señor Cardenal, contòle el suceso, y todas las circunstancias de él, y con gran fervor, y devocion recibió el Santo Sacramento del Bautismo, con consuelo, y admiracion de todos los que lo supieron; y el nuevo Christianó no acababa de celebrar, y ponderar la singular hermosura de la Santa; y no pareciendole que bastaban palabras para explicarla, repetia estas

muchas veces: Era hermosa, hermosa, hermosa, mucho, mucho, mucho.

Tambien convirtió à otro Turco, llamado Xinifa. Apareciendosele una noche entre sueños en su habito de Hermitaña, tubo con él muchos coloquios persuadiendole; y él á los principios no solo hacía resistencia, sino burla, hasta, que preguntandole quien era? Y diciendole ella, que era Rosalía, movido, ò del respeto, ò del cariño de aquel amado nombre, le ofreció que seria Christiano; sí bien, despues no hizo caso de lo que entre sueños habia prometido. Siguiò otra noche la Santa el empeño de su caridad, y con una manifestacion que le hizo de lo que gozaria si se hiciese Christiano, lo rindió. Mandòle que en el Bautismo se llamase Pedro, dandole á

entender, que este Santo Apostol tenia las llaves del Cielo para abrirlo à los Christianos; y él se puso por nombre Pedro Rosalía, para conservar la memoria de aquel beneficio de la Santa.

Otro Moro, que sirviò en las Galeras de Sicilia muchos años, enfermò de muerte, y en aquel ultimo trance de su vida pidiò con fervorosisimas ansias que le bautizasen, y que le llamasen Rosalino. Bautizaronlo, y dentro de media hora diò su Alma á Dios, y se cree, que la Santa le solicitò este bien, de lo qual es muy verosimil conjetura la eleccion del nombre.

Escuso referir innumerables milagros en todas suertes de trabajos, y calamidades, por observar la brevedad, que la he procurado en esta obra:

con-

contentome con decir, que á la invocacion del nombre de Santa Rosalía, ò á la aplicacion de las Reliquias, se rinde todo mal. Los ciegos lo han visto, los mudos lo han hablado, los coxos, y mancos lo han tocado, y los que han salido de naufragios lo han publicado á voces. Mas para concluir este capitulo, tocaré dos cosas especiales: La una, que se ha manifestado especial Abogada para el mal de corazon. La otra, lo que importa su patrocinio á los miserables poseídos del demonio. Comenzaré por esto segundo, y acabaré con lo primero. Entre los favores que ha concedido Dios á su querida Esposa, es de muy especial ponderacion el poder que le ha dado sobre los demonios. Ellos temen mortalmente su nombre, y han confesado

mu-

muchas veces al salir de los cuerpos de los endemoniados, que lo han hecho movidos del imperio de aquella Hermitaña, que se sustentó de yervas, y raíces. Asi la llaman, porque no deben de atreverse á pronunciar su nombre.

Una muger llamada Antonia Bonti, estubo poseída de cinco demonios por espacio de 16. años, y en una ocasion la amenazaron, que habian de quitarle la vida antes del dia 4. de Setiembre, que era el de la Santa. Un hijo suyo temiendo este suceso lastimoso, llevó á su madre á la Capilla donde estaban las Reliquias, hizo oracion por ella, y aunque el principal se resistió, salieron los quatro rabiando, y diciendo á la Santa mil injurias. Instaron los circunstantes todo

un

un dia, implorando el favor de esta Virgen poderosa, y en el siguiente saliò à su pesar aquel que se habia hecho fuerte, quedando aquella triste muger alegre, libre, y sana.

Otros muchos endemoniados fueron llevados á la Iglesia en aquellos dias de la Octava de la Santa, y quedaron libres de la tiranía de los demonios, y estos al salir de los cuerpos clamaban con desesperacion, y decian, que aquella Hermitaña habia venido para una cosa, y hacia otra: dando à entender, que se declaraba contra ellos, la que les parecia que solo habia de ser el remedio contra el mal de la peste.

A otro endemoniado llevaron para curarlo al Monte Peregrino, entraronlo en la cueva, y asi como pisò

aquella tierra santa, se alborotó el demonio, hizo furiosos estremos, y se oyò una voz clara, que percibieron todos, que imperiosamente le reprehendiò, diciendo: Còmo te atreves á entrar en este sitio? No sabes que no tienes licencia para llegar á él? Y el hombre endemoniado dixo, que aquellas fueron palabras de la Santa, y que las dixo como detrás de una cortina, sin dexarse ver.

En orden á la eficacia del antidoto de esta Celestial Rosa contra el mal de corazon, tocaré solo un caso muy admirable, y muy sabido, no solo en Sicilia, sino en toda la Europa, por haberse participado á toda ella, ya en estampas, ya en relaciones escritas en lengua latina, Española, Italiana, Alemana, y Francesa. Este milagro sucedió

diò en Palermo en el Colegio de la Compañia de Jesus, el qual fue calificado, y aprobado por el Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Arzobispo D. Pedro Martinez Rubio, con el parecer de una Junta de Theologos, y Canonistas. Vivia en aquel Colegio el P. Francisco del Castillo, mozo de 18. años, tan enfermo del mal de corazon, que muy frequentemente perdia el sentido, y quando bolvia en sí, quedaba sumamente quebrantado. En una ocasion fue el mal tan vehemente, que al juício del Medico no habia esperanza en él de vida, y asi le ordenò, que recibiese el Santisimo Viatico, y la Santa Uncion, como lo hizo, y poco despues perdiò los pulsos totalmente, y apenas se le sentia un levisimo movimiento en la respiracion.

Asistianle en aquella agonía los Enfermeros, y otros Padres, y quando estaban para traer el feretro, y disponiendo las cosas para amortajarlo, bolviò en sí con gran vigor, y estendiendo los brazos, y juntandolos, como quien abrazaba, y repitiendo el nombre dulce de Santa Rosalía. Comunicò à su Confesor lo que le habia pasado en aquel transito, él le ordenò que lo escriviese, y lo jurase para mayor firmeza, y él lo escriviò con estas formales palabras.

Estando yo reducido á terminos de muerte, me pareciò que me hallaba delante del tribunal de Dios, y estaba aquella Magestad en un lugar alto, y encumbrado, y tan resplandeciente, que me ofuscaba el mismo resplandor. Asistia tambien alli al lado de-

derecho la Santisima Virgen, maravillosamente hermosa en sí misma, y con el manto de color azul. Cerca de la Santisima Virgen, pero con mas baxo lugar, estaba la Virgen Santa Rosalía, mi particular Abogada, buelta un poco ácia el Trono de Dios, bellisima tambien ella, y muy resplandeciente, ceñida de una vestidura blanca, y bordada de rosas. Asistian tambien demás de esto, de una parte mi Santo Padre Ignacio en habito Sacerdotal, y en la otra el Santo Padre Francisco Xavier en el de Predicador. Estos gloriosos Santos me miraban todos con alegre rostro, y muy apacible semblante, como dandome animo, y señalandome con el dedo el Cielo, de lo qual yo me hallaba sumamente alentado, y consolado.

Por

Por lo que á mi toca, me parecia estaba de rodillas, y que á mi lado derecho veía en pié à mi Angel Custodio en trage de un muy hermoso mancebo, y con alás. Veía finalmente al demonio, pero en parte muy lexos, andando al rededor por tierra, y en gran manera confuso. Pareciame que yo de alli á poco habia de ser juzgado, y esperaba con humilde rendimiento la sentencia de Dios por momentos. Entonces se acercó la Virgen Sansa Rosalía, y me dixo: Francisco, tu habias de morir aora, y yo te he alcanzado la salud, si tu la quieres, la qual será de mayor gloria de Dios. Yo me inclinaba en aquel punto á morir, por la certidumbre que habia concebido de ir á ver á Dios en la gloria: con todo eso, con alguna interior repug-

pugnancia mia respondí, que se hiciese aquello que fuese mayor gloria de Dios, y la Santa acercandose mas à mi, me dixo: Haz este voto de la forma que yo te dictaré. Y maravillandome de que la Santa se dignase de acercarse à mi, acudí diciendo: Santa Rosalía à mi; y ella comenzó à dictar la formula del voto poco à poco, y palabra por palabra, con voz baxa, en este modo: *Franciscus voveo, me servum tuum in vita mea laudem, & gloriam tuam promoturum in universo mundo.* Yo Francisco, siervo tuyo, hago voto, que mientras me durâre la vida he de promover tu alabanza, y tu gloria en todo el mundo. Y quanto al sentido que me nació en el animo, quando yo repetia las ultimas palabras, fue de procurar que se es-

tendiese la devocion de Santa Rosalía en qualquiera parte del mundo, que me hubiese de hallar aunque fuese en las Indias, adonde en otro tiempo me sentia estimulado de ir: y aora, habiendo crecido el deseo, comprehendí debaxo del voto la peticion que habia de hacer á mis Superiores de ir á aquellas partes. Hecho el voto, añadió la Santa Virgen: *Vendrás à mi cueva à pié, y comulgarás con devocion, y está con intencion de cumplir aquello que es mayor gloria de Dios.*

Yo en este medio de tiempo sentia que se me derritia el Alma por la dulzura de esta conversacion, y me acerqué á abrazar, y besar los santos pies, y de hecho se los besé á la Santa, y advertia en que estaban desnudos blancos, tratables, y blandos, y con

co-

color como natural. Y reparando en que me miraba con ojos benignos, tomé animo de decirle: Santa gloriosa, ninguno me creerá, y vos tampoco sereis glorificada por este milagro tan grande, sino me dais alguna señal. Y ella al punto me la dió, diciendome: A tí al tiempo que te estaba mirando te dió la Extrema-Uncion el P. Gilmaldi, y te han dicho ya las Oraciones por los moribundos, y algunos de los circunstantes tocandote juzgaban que no habia para tí esperanza de vida. Esta fue la respuesta de la Santa, y llenamente me satisfizo, porque yo con nuevo juramento confieso, no habia sabido ninguna de aquestas circunstancias. Beséla otra vez los pies, y diciendome: Ya estás sano: desapareció, dexando un

olor

olor tan suave, que no le puedo comparar con ninguno de la Tierra; siendo asi, que le sintiò por un quarto de hora, poco mas, ò menos, despues de haber quedado totalmente bueno: y entendiendo que lo sintiese el P. Juan Scorso, mi Confesor, le hize preguntas en razon desto. Luego repentinamente me levanté sobre la cama diciendo, sano estoy, sin que me quedase ni un rastro de dolor, ni de flaqueza; ni de otras Reliquias, que de mi acostumbrado mal siempre me quedaban. Escribí al punto de mi propia mano brevemente el suceso de orden de mi P. Espiritual, y sin ayuda de nadie me vestí, y con los circunstantes puesto de rodillas dí gracias á la virginal Doncella por la merced recibida, y à la mañana co-

comulgé con los demás en la Iglesia en la Capilla de Santa Rosalía, adonde proseguí, y continué estando de rodillas sin ninguna pesadumbre por espacio de una hora, poco mas, ò menos. Y es bien por todo esto que refiero, advertir, que yo me hallaba perfectamente en mi sentido, y discurría, y hacia reflexion en que la Santa me hablaba, y en que yo la replicaba, y conocía muy bien, que por su benignidad me restituía la salud.

Deseando pues, este siervo de Dios tan favorecido de la Santa cumplir la promesa que le hizo, solicitó licencia para pasar à la India Oriental en una Mision, que en el Reyno de Portugal se prevenía: pasó à aquel Reyno en el año 1666. y en él introduxo la devocion de Santa Rosalía, y consiguió el

que

que fuese señalada, y admitida entre sus Protectores, y Patronos. En aquel mismo año se embarcó para la India en la Capitana del Virrey, que era muy amante del P. Francisco, y gran devoto de la Santa. Pagóle ella su devocion, porque milagrosamente le debió la vida, y el P. Francisco su amor, pues ofreciò por él la suya en una gravisima, y mortal enfermedad, que padeció sobre el Cabo de Buena Esperanza. Fue este devotisimo Virrey el instrumento que Dios eligió para que se plantase, y creciese en los corazones de los Christianos de aquel Nuevo Mundo la devocion de la admirable Rosa de Palermo. Luego que saltó en tierra, y que tomò la posesion del Virreynato, le labrò una, aunque pequeña, hermosisima, y riquisima Capilla

pilla à la falda de un monte vecino à la Ciudad de Goa, menos distante de ella, que el Monte Peregrino de la de Palermo, para que el sitio fuese mas del gusto de la Santa. Celebróse con solemnisima fiesta el dia de la Dedicacion, y se colocó en el Altar una Reliquia, que el P. Francisco del Castillo, poco antes de morir le dió al Virrey, para que enriqueciese à la India Oriental con aquella Perla nacída en la concha de Palermo, è incomparablemente mas preciosa que todas las que sè forman en las del Oriente. Fue solemnisimo aquel dia, por la circunstancia del Bautismo de diez doncellitas Gentiles que se movieron à ser Christianas por lo que habian oído, y sabido de esta Santa Peregrina. Recibieron con el Aguà Bautismal la vestidura

tidura blanca de la Gracia, y la adoracion con la joya del nombre de Rosalía, que todas eligieron. Fue este un singularisimo gozo para el devoto Virrey, y dió à entender à todos que le sería de muy singular agrado el que se llamasen Rosalías las niñas, que en aquel su tiempo naciesen; y para mover à esta devocion à gente pobre, dispuso, que entre los principales se pidiese limosna para celebrar todos los años el dia 4. de Setiembre, que es el de la Santa, y que todo lo que sobrase de la fiesta, se repartiese para dotar à las que tuviesen el nombre de Rosalía. Todo esto consta de una Relacion impresa en Palermo, dedicada al Senado.

* *
*

CA-

CAPITULO VI.

DE LA ESTIMACION QUE se ha hecho en todas partes de las Reliquias de Santa Rosalìa.

PAra testimonio de esto bastaba el singular aprecio que hizo la Santidad de Urbano VIII. ordenando, que se pusiese en el Martyrologio Romano en el dia 15. de Julio la Invencion, ò hallazgo destas Sagradas Reliquias, como se vé en estas palabras: *En Palermo la Invencion del Cuerpo de Santa Rosalía Virgen Palermitana, el qual hallado milagrosamente, en tiempo del Papa Urbano VIII. en el año del Jubileo, libró à Sicilia de la peste.* Bastaba tambien el ver que en este dia 15.

de

de Julio se celebra la fiesta desta Invencion con admirable magnificencia en Palermo: mas como esto mira al todo, no es tan ponderable; lo que lo es mucho, y cede en gran gloria de la Santa es à saber, que à qualquiera parte, por pequeña que sea, á qualquiera Reliquia de sus Reliquias se la ha dado reverentisima veneracion en las principales partes, y por las primeras personas de la Christiandad. El Excmo. Sr. Duque de Montalto embió àla Santidad de Urbano VIII un diente de la Santa en una joya de oro guarnecida de diamàntes. Su Beatitud dió à entender, que le era muy grata la Reliquia, mas que le sobraba aquel adorno, y que no necesitaba de él una prenda, que por sí sola era tan estimable. Con todo eso, á suplicas del Duque,

que, la recibió en aquella forma; y por ser en ocasion en que se hallaba Roma afligida de la peste, la traxo siempre su Santidad pendiente al cuello, como el mejor preservativò de aquel mal. Quiso conservar aquella Reliquia para sí, è insinuò, que gustaria de otra para enriquecer con ella el Convento de las señoras Monjas Barberinas, sobrinas suyas, y hermanas de los Eminentisimos señores Cardenales Francisco, y Antonio; habiendolo entendido el Eminentisimo Sr. Cardenal Doria, y el Senado de Palermo, le embiaron dos Reliquias, que le fueron de especialisima gratitud. Adorólas publicamente en su Gabinete, è hizo donacion dellas al Monasterio donde vivian sus sobrinas. Manifestò su paternal agrado con dos

breves, uno escrito al Senado, y otro al Cardenal Arzobispo, expedidos en Roma à 3. de Marzo del año de 1630. Pondré aqui traducido fielmente el que escribió al señor Cardenal: *Habemos recibido estas joyas del Paraiso, mas estimables que el oro, y las piedras preciosas; esto es, las Reliquias de la Beatisima Virgen Rosalìa, sacadas del celestial tesoro de la Iglesia de Palermo Luego al punto que las recibimos, se recreó con sagrado rocio de consolacion el corazon de la Pontificia caridad. Y à tì, que nos embiaste este regalo agradabilisimo á los Angeles, y salubable à los hombres, te embiamos un abrazo de paternal benevolencia.*

A la Santidad de Alexandro VII. embió el señor Obispo de Patri algunas Reliquias de Santa Rosalía, las qua-

quales recibiò con todas las demonstraciones que caben en la Pontificia gratitud, como consta de una carta, que de orden de su Santidad le escribiò su secretario Natal Rondomino à 28. de Febrero del año de 1657. que es como se sigue; *Las Reliquias de Santa Rosalìa que V. S. embió à N. Santisimo Señor, le dieron un gran gozo, considerando quanto importan para el mal cruelisimo de la peste, como se experimentó quando esta inclita Ciudad de Roma se vió en otra ocasion fatigada de ella, aun mas de lo que aora se halla.*

El Senado de Palermo embio á nuestro Catholico Rey Phelipe IV. dos grandes Reliquias de Santa Rosalía en dos preciosisimos Relicarios de coral de peregrina hechura. Recibió-

las S. M. con suma piedad, devocion, y veneracion. En esta ocasion se hallaba fatigado de una peste cruelísima el Exercito, que tenia sitiada Barcelona, de que era General el señor Don Juan de Austria, y llegando à su noticia la grandeza del celestial tesoro, que enriquecía, no solo al Palacio, sino á todo el Reyno, encomendó la salud de su Exercito á esta Rosa Austriaca: dispuso que se hiciese una Imagen de la Santa, y que la llevasen en Procesion al rededor de todo el Campo. El efecto desta devotisima demonstracion fue la salud universal de los Soldados, y la recuperacion de Barcelona: y en reconocimiento de tan señalado, y milagroso beneficio, diò publicamente su Magestad las gracias á la nueva Protectora de sus Reynos,

nos, haciendole una fiesta solemnisima en Madrid con Visperas, Misa, y Sermon.

El Sr. Emperador Fernando III. consiguió un hueso de Santa Rosalía, y lo celebró con especialisimo gozo, y reverencia, ordenandó, que á este fin se hiciese una gran fiesta, y una sumptuosisima, y devotisima Procesion, y la Santa correspondió à las Cesareas demonstraciones, con librar milagrosamente à la Ciudad de Gratz de una terrible epidemia, que entonces padecia.

A la Christianisima Reyna de Francia la Señora Doña Ana de Austria, le traxeron parte de una costilla de Santa Rosalía, engastada, no en oro, ni en diamantes, sino en aquella maravillosa piedra, que le sirviò de Urna. Recibióla con un consuelo indecible, colocóla

locóla entre las Reliquias de su mayor estimacion, y mandó pintar una Imagen de la Sta. para tener siempre á la vista el retrato de aquel amado original.

La Ciudad de Cracovia en Polonia, debió à una Reliquia de nuestra Santa, y à la tierna devocion con que la venerò, el que se apagase de repente el fuego del contagio, que fatalmente le abrasaba. En reconocimiento de favor tan importante, la celebra desde entonces en el dia 4. de Setiembre, dia de la muerte de la Santa, y de la vida de aquella gran Ciudad; y luego dieron los Polacos á la Estampa, en su Lengua, y en la Latina, la vida, y panegyrico de la Rosa Palermitana, con el titulo: *Rosa Cœlestis recens patefacta.* Dexo de referir los admirables, y costosos aplausos con que muchas

Ciu-

Ciudades, y Provincias han recibido, y celebrado estas deseadisimas Reliquias, por pasar à Sicilia, y por tocar algunos de muy especiales circunstancias.

La Villa de Cacamo alcanzó un hueso de la Santa por grandes suplicas que hizo al Eminentisimo Cardenal Doria. Fue por esta Reliquia el Arcipreste de la Villa, acompañado de quarenta Eclesiasticos; y el Magistrado Secular, con otros tantos hombres principales de acompañamiento: hizose la entrega della fuera de las puertas de Palermo, asistiendo los Sacerdotes revestidos con Capas de Coro, y los de Ordenes menores con Roquetes, y todos los presentes con gran numero de luzes. Todo el Lugar salió á recibirle una milla de distancia,

cia, con gran numero de clarines, y atabales; y con este devoto triunfo la llevaron à la Iglesia Mayor, donde le celebraron una solemnisima Octava.

La Villa de Cimina, para traer una Reliquia de la Santa embió uno de sus Governadores, y un Canonigo, con acompañamiento de sesenta personas à cavallo, y vestidos de gala. Recibieronla con mucha devocion, y el Canonigo entonó el *Te Deum laudamus*, y los Musicos le vinieron cantando hasta llegar al Lugar donde fue recibida con una Procesion general muy solemne, estando adornadas las calles con riquisimas colgaduras, y con cinco Arcos Triunfales muy vistosos.

La Ciudad de Termini, habiendo sido favorecida con una Reliquia de Santa Rosalía, que le dió el Señor

Car-

Cardenal Arzobispo, embió por ella en una Fragata, y onze Barcas adornadas de Gallardetes, y de todas las galas maritimas. Llegando al Muelle de Palermo, fue entregada al Arcediano de Termini, que la recibió revestido con Capa de una telá de oro muy vistosa, asistido de buen numero de Clerigos: colocóla sobre un Altar que estaba apercibido en la popa de la Fragata, donde de rodillas la incensó, y caminando con viento favorable llegó felizmente à la Ciudad. Fueron recibidas las Barcas con mayores demonstraciones de fiesta, y regocijo, que si llegára una Flota de preciosisimas riquezas, y dieronle asiento en una Capilla, que le tenian labrada en la Iglesia Mayor, donde le pusieron en una Imagen de plata muy costosa, y muy hermosa. La

La Ciudad de Monreal, Cathedral insigne entre las de Sicilia, hallandose fatigada de la peste, que se le habia originado de la vecindad de Palermo, solicitó una Reliquia de Santa Rosalía, esperando, que con esto le vendria el remedio de donde le vino el mal. Concedióselà el Señor Cardenal Doria al Señor Arzobispo Don Gerònimo Venero, el qual la recibió con todas las demonstraciones de veneracion. Llevòla con una procesiòn muy solemne à la Iglesia Mayor, donde se cantó el *Te Deum laudamus*, y el dia siguiente una Misa en accion de gracias: fue aclamada la Santa por Patrona, con voto de celebrar todos los años con la Procesion general el dia de la traslaciòn de su Reliquias, y el de su fiesta el dia 4. de Setiembre

La

La Ciudad de Carleon, hallandose abrasada del fuego de la peste, buscó su remedio en una Reliquia, que pidió al Excmo. Señor Cardenal Arzobispo: hizo la entrega de ella un Señor Jurado de Palermo, en nombre de todo el Senado, y la recibieron dos Diputados de Carleon, asistidos de un numeroso acompañamiento de gente. En ocasion de la entrega hubo especiales circunstancias de solemnidad, que manifestaron bien la estimacion de este tesoro. Los Ciudadanos salieron à recibir la Reliquia algunas leguas fuera de la Ciudad, y los Jurados salieron à encontrarla, acompañados de la Nobleza, y todos à cavallo, à una gran distancia de los Muros. Fue depositada en la Iglesia de los Padres Capuchinos, desde donde

la

la llevaron con una Procesion general muy solemne à una Iglesia que le habian labrado.

El Señor Obispo de Mazara, Don Marcos Lacaba, natural de Palermo y muy apasionado de la Santa alcanzó una Reliquia para su Iglesia Cathedral, y dispuso un recibimiento de notable grandeza, y devocion: ordenò, que al venir saliesen à encontrarla, y á darle la bienvenida diez Embaxadores, dos en nombre de aquel Ilustrisimo Prelado, dos en nombre del Senado de Palermo, dos en nombre de la ciudad de Mazara, dos en nombre de los hombres Nobles, y dos en nombre de las señoras del Lugar. Iban estos Embaxadores vestidos de costosisimas galas, y todos llevaban quadrillas muy lucidas de acompaña-

pañamiento. Salieron todos á un tiempo, los unos detrás de los otros por su orden. Los dos Embaxadores del Señor Obispo, que iban los primeros, luego que llegaron donde estaba la Reliquia de la Santa se pusieron de rodillas adorandola con devota reverencia, y con un razonamiento muy discreto le dieron las gracias á la Santa de la honra que habia querido hacer ál Obispo, viniendo à enriquecer su Iglesia, y à tomàr su proteccion, ofreciendole los corazones de todos sus subditos. Lo mismo hicieron à su modo los otros Embaxadores: ceremonia, que causó mucha devocion, y ternura.

Habiendo conseguido los de Vibona, vasallos de la Santa una Reliquia suya fueron por ella á Palermo algunos

nos Sacerdotes, acompañados con mucha gente de à cavallo, y á la venida salieron á encontrarla à tres leguas de distancia los mas del Lugar, con clarines, y otros instrumentos. La gente que concurrió no puede numerarse, y mucha de ella fue, y vino descalza haciendo disciplina. En llegando la Reliquia cerca del Lugar, salió el Magistrado con el acompañamiento que reservó para esta funcion, todos con hachas encendidas. Adoraronla alli, y la acompañaron hasta la Iglesia de los Padres Capuchinos, desde donde se ordenó la Procesion solemne, en la qual iban muchas doncellas, suelto el cabello, y con ramos en las manos, y tambien muchos niños, que à voces celebraban la venida de la Santa.

La

La Villa de San Estevan, que es la mas cercana à la Cueva de Quisquina consiguió del Señor Cardenal Doria, dos Reliquias de la Santa, que fueron recibidas con notable estimacion, y regocijo, y por tanto se guardan con cuidadosa vigilancia debaxo de dos llaves, que la una tiene el Señor de la Villa, y la otra los Jurados della por su turno, tocandole á cada uno ser Thesorero destas ricas joyas por tres meses, y al entregarle la llave hacen juramento de guardarlas, y no desminuirlas.

Daré fin à este punto de la estimacion de Santa Rosalía, con la que han hecho della en nuestro tiempo los dos primeros Prelados de las Iglesias de España. El Eminentisimo Señor Cardenal Don Luis Portocarreo, Arzobispo

bispo de Toledo, y Primado destos Reynos, luego que fue electo para aquel Arzobispado, deseando engrandecer el tesoro del Relicario de aquella Santa Iglesia, consiguió traerle una Reliquia de Santa Rosalía, y para su mayor veneracion alcanzò de la Sede Apostolica, que rezase de la Santa con Rito doble en la Santa Iglesia, y Ciudad de Toledo, y en todo el Arzobispado semidoble, eligiendo este dia, porque el 4. de Setiembre, que es el propio de la Santa, está impedido con Santa Sabina. El Decreto de la Sagrada Congregacion de Ritos es de 21. de Enero del año 1679.

El Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor D. Jayme de Palafox, y Cardona, Arzobispo de Sevilla, ha querido mostrar su amor á su Santa Patriar-

cal

cal Iglesia, y su devocion cordial á Santa Rosalía. A este fin mandò labrar una Imagen riquisima de plata, obra admirable, asi por la grandeza, como por el Arte, y escultura: el pecho de la qual está adornado con una joya de oro guarnecida de diamantes, en que está la Reliquia de la Santa: con que la que despreció las joyas, y adornos de la tierra, es aqui adorno, y joya celestial de si misma. La Imagen, y la Reliquia es tal, que al juício de todos es digna dadiva de un tan gran Príncipe à una tan grande Iglesia. Y como el deseo de este devotisimo Prelado es, que su querida Santa sea venerada, consiguiò tambien de la Sede Apostolica, que como en Toledo se rece de ella en la Santa Iglesia, y Ciudad de Sevilla, con Rito doble, y semidoble

en el Arzobispado, con Oracion Lecciones propias, que son las que à instancia del Senado de Palermo aprobó la Sagrada Congregacion de Ritos en el año de 1666. Fue expedido este nuevo Decreto á 24 de Marzo del año de 1685 Y aora para promover mas à su devocion, y veneracion, hace dotacion perpetua de su fiesta en la Iglesia Cathedral de Sevilla, con aparato de primera clase, y Sermon, dando principio en este año el dia siete de Septiembre à esta solemne celebridad.

Corone esta materia, y dé glorioso fin á esta Obra la piedad de nuestro Catholico Rey, y Señor Carlos II. que Dios prospere, y guarde. Su Magestad ha mandado al Excelentisimo Señor Marqués de Cogolludo, su Em-

ba-

bavador en Roma, que en su Real nombre haga repetidas, y eficaces instancias à nuestro Santisimo Padre Inocencio XI. para conseguir de su Santidad, que se rece de Santa Rosalía en toda la Iglesia con Rito semidoble, y en todos sus Reynos, y dominios, doble de segunda clase, manifestando en esta suplica su afecto, y devocion. Quiera Dios, por su infinita clemencia, y por intercesion desta su Protectora, premiarsela à su Magestad, concediendole felicisimo viage à la Reyna nuestra Señora para que con universal consuelo destos Reynos llegue à la presencia de su Esposo nuestro Rey, dando á sus Magestades dilatada sucesion.

FIN.

MISC
32 - 6743864
"SE 17

R. Polon nº 290182

T XIX - Pg 48